

Predicaciones de la Biblia, de principio a fin, en un año, 2ª parte

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY**
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA
Tomo 28, N.º 8

**PREDICACIONES
DE LA BIBLIA,
DE PRINCIPIO A FIN,
EN UN AÑO, 2ª PARTE**

Autor:
David Roper

*«La ley de Jehová
es perfecta, convierte
el alma; El testimonio
de Jehová es fiel,
que hace sabio al sencillo.
Los mandamientos de
Jehová son rectos, que
alegran el corazón;
El precepto de Jehová
es puro, que alumbra
los ojos»
(Salmos 19.7, 8).*

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

15 Sermones sobre el Antiguo Testamento

El plan de Dios para el avivamiento (2º Crónicas 7.8–16)	3
La resolución de Esdras (Esdras 7.10)	6
Cómo edificar la congregación local (Nehemías 2.17–20; 4.1–6; 6.15, 16)	9
«Para esta hora» (Ester)	11
¿Cuál es su precio por servirle a Dios? (Job)	16
La gloria de Dios (Salmos 19)	20
El huerto descuidado (Proverbios 24.30–34)	24
El fin de todo el asunto (Eclesiastés)	27
«Santo, santo, santo» (Isaías 6.1–9a)	32
Un magnífico fracaso (Jeremías)	35
«El amor inquebrantable del Señor nunca cesa» (Lamentaciones 3)	37
El valle de los huesos secos (Ezequiel 37.1–14)	41
Daniel en el foso de los leones (Daniel 6.18–23)	44
«El día de Jehová» (Joel)	47
Cuando los hijos de Dios llegan al aburrimiento (Malaquías)	51

El plan de salvación del Nuevo Testamento

A lo largo del Antiguo Testamento, leemos acerca de lo que Dios hizo para poner en marcha Su gran plan para nuestra redención. No es sino hasta el Nuevo Testamento que aprendemos los detalles de lo que nosotros tenemos que hacer para aprovechar Su tremendo regalo de salvación.

Romanos 3.23 explica que todos pecaron y Romanos 6.23 dice que la paga del pecado es muerte. ¿Cómo, entonces, es posible la salvación?

La gracia de Dios nos ha sido extendida por medio de la sangre de Cristo (Efesios 1.7; 2.8, 9; vea también Romanos 3.24). Porque Dios nos ama, envió a Su Hijo (Juan 3.16); porque Jesús nos ama, murió en la cruz por nosotros (Romanos 5.8, 9). Somos salvos por la muerte de Jesús, mediante la sangre de Cristo (Apocalipsis 1.5; Hebreos 10.10, 12, 14). Su muerte pagó ese precio por nuestros pecados (2ª Corintios 5.21).

Si bien nuestra salvación depende completamente de la gracia de Dios, el Nuevo Testamento enseña que las personas tienen que cumplir con ciertas condiciones para ser salvos. Dios desea salvar a todos (2ª Pedro 3.9), y Cristo murió por todos (Hebreos 2.9). Sin embargo, no todos son salvos (vea Mateo 25.31–46). Nuestra salvación depende de nuestra disposición a cumplir con las condiciones que Dios ha establecido en el Nuevo Testamento.

La primera de estas condiciones es la fe. Somos salvos por la fe en Jesucristo como el Hijo de Dios¹, pero no solo por la fe (Santiago 2.24). ¿Qué más se requiere en nuestro camino a obedecer el mensaje del evangelio?

Segundo, tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados (Lucas 13.3, 5; Hechos 2.38; 17.30). El arrepentimiento quiere decir cambiar nuestra forma de pensar, apartarnos del pecado y volvernos a Dios. Implica tomar la decisión de no pecar como lo hemos estado haciendo. Ese cambio de mentalidad conduce entonces a una transformación de vida. Tenemos

que esforzarnos todo lo que podamos para dejar de pecar después de que nos hayamos arrepentido.

Tercero, tenemos que estar dispuestos a confesar nuestra fe en Jesucristo. En Romanos 10.10 leemos, «Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación» (vea también Hechos 8.37; Mateo 10.32, 33; 1ª Timoteo 6.12).

Cuarto, tenemos que ser bautizados. En el día de Pentecostés, las personas que sabían que eran pecadores y creían en Jesús preguntaron: «¿Qué haremos?» (Hechos 2.37). Pedro respondió: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38; vea también Marcos 16.16; Hechos 22.16; 1ª Pedro 3.21). El bautismo que se requiere de nosotros es una inmersión en agua (Colosenses 2.12). Además, es una inmersión de aquellos que pueden creer y arrepentirse. No es el bautismo de infantes. Esta inmersión es para el perdón de los pecados, esto es, *para que se nos perdonen los pecados* (vea Hechos 2.38; 22.16), no *porque* ya se nos hayan perdonado los pecados.

Cuando se es bautizado bíblicamente, habiendo creído en Cristo y arrepentido de sus pecados, se recibe el perdón de los pecados (Hechos 2.38). En ese momento, también nace nuevamente en la familia de Dios (Juan 3.3, 5), se le concede una «vida nueva» (Romanos 6.3–7) y es añadido a la iglesia del Señor (1ª Corintios 12.13; vea Hechos 2.38–47).

Incluso después de haber cumplido con estas condiciones, somos indignos de la salvación; todavía somos salvos por gracia, por un favor inmerecido. Sin embargo, hacer estas cosas — obedecer el evangelio — es nuestra forma de decirle «sí» a Dios, nuestra forma de aceptar lo que Él ha prometido hacer si le obedecemos.

Finalmente, el Nuevo Testamento enseña que los cristianos tienen que llevar vidas fieles para ser salvos eternamente (Apocalipsis 2.10). Un cristiano puede apostatar (Gálatas 5.4; 1ª Corintios 10.12; Hebreos 6.4–6; Santiago 5.19, 20). Cuando un cristiano

(Continúa en la página 52)

¹ Vea Juan 3.16; 8.24; Hechos 16.30, 31; Romanos 1.16; 5.1; Gálatas 3.26; Efesios 2.8, 9; Hebreos 11.6.

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2024 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU.

www.biblecourses.com

El plan de Dios para el avivamiento (2° Crónicas 7.8-16)

Una de las grandes necesidades de nuestros días es el avivamiento. «Avivamiento» no es un término que usemos con frecuencia, sin embargo, la Biblia tiene mucho que decir sobre el tema.

¿No volverás a darnos vida,
Para que tu pueblo se regocije en ti?
(Salmos 85.6).

Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos (Habacuc 3.2b).

Alguien podría objetar diciendo: «¡Pero la palabra “avivamiento” sugiere que estamos *muer-tos!*». Es cierto que «avivar» quiere decir «volver a dar vida». La palabra se refiere a un período de despertar espiritual que sigue a un período de declive espiritual. Al mirar a nuestro alrededor hoy, parece que el concepto de «avivamiento» de la muerte espiritual es exactamente lo que el mundo necesita. Los cristianos infieles están muertos en su indiferencia y negligencia y necesitan ser revividos. Algunos de nosotros nos hemos vuelto tibios y necesitamos ser revividos. Seguramente, ninguno de nosotros afirmaría que somos todo lo que deberíamos ser como individuos o como congregaciones.

La pregunta que hacemos en esta lección es «¿Cómo podemos tener un avivamiento?». Para la respuesta a esa pregunta, vamos a un texto bastante oscuro en el Antiguo Testamento, 2° Crónicas 7. Se necesita cierta información de fondo. David quería construir el templo, sin embargo, Dios no se lo permitió porque era un «hombre de guerra, y [había] derramado mucha sangre» (1° Crónicas 28.3). Sin embargo, durante su vida, David reunió materiales para la estructura (vea 2° Crónicas 22.1-5). Finalmente, a su hijo Salomón se le permitió

construir el templo. Después de años de trabajo de miles de trabajadores y la inversión de cantidades incalculables de dinero, el trabajo fue acabado y llegó el momento de dedicar el templo. Leemos en 2° Crónicas 7.11-14:

Terminó, pues, Salomón la casa de Jehová, y la casa del rey; y todo lo que Salomón se propuso hacer en la casa de Jehová, y en su propia casa, fue prosperado. Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.

Dios dijo, en efecto, «Salomón, acepto esta casa, pero no creas que construir casas puede reemplazar el construir vidas. Además de dedicar este edificio, también deben dedicar sus vidas. Si mi pueblo es infiel, enviaré pestilencia sobre la tierra, sequía, langostas y otros problemas, para que la nación regrese a mí. Cuando ese sea el caso, “si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”» (7.14). En ese versículo, encontramos «el plan de Dios para el avivamiento».

UN PUEBLO

El avivamiento comienza con el pueblo de Dios. Alguien ha dicho que las iglesias no necesitan nuevos miembros tanto como sí necesitan renovar a los antiguos.

«Mi pueblo»

El versículo 14 comienza con «si se humillare mi pueblo». Dios siempre ha tenido un pueblo al que llamó Suyó. En el Antiguo Testamento, los israelitas eran Su pueblo especial. Hoy, los que somos cristianos somos Su pueblo. Cuando creímos en Cristo, se nos «dio potestad de ser hijos de Dios» (Juan 1.12). Llegamos a ser parte de la familia de Dios cuando somos «[nacidos] de agua y del Espíritu» (Juan 3.5), siendo sumergidos en agua y recibiendo el don del Espíritu Santo (Hechos 2.38). Pedro escribió:

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, [...] siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1ª Pedro 1.22, 23).

«Sobre el cual mi nombre es invocado»

El texto continúa diciendo: «mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado». El pueblo fiel de Dios siempre se ha regocijado en su relación con su Señor y Salvador, lo cual fue cierto en los tiempos del Antiguo Testamento. Leemos en Números 6.27: «Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré». También es cierto en la era del Nuevo Testamento. Juan escribió:

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1ª Juan 3.1, 2).

Además de la designación «iglesias de Cristo» (vea Romanos 16.16), también se hace referencia al pueblo del Señor como la iglesia *de Dios* (1ª Corintios 1.2).

Para tener un avivamiento, tenemos que ser el pueblo de Dios sobre el cual es invocado Su nombre. Quizás algunos de los que están leyendo o escuchando esta lección no han nacido en la familia de Dios arrepiñtiéndose de sus pecados, confesando su fe en Jesús y siendo bautizados en Cristo (Lucas 13.3; Hechos 2.38; Romanos 10.9). Quizás algunos de nosotros fuimos bautizados en el pasado, pero necesitamos ser restaurados a nuestro primer amor.¹ Deberíamos preguntarnos: «¿Soy yo un “verdadero cristiano”?».

¹ Vea Hechos 8.22; Gálatas 6.1; Santiago 5.16; 1ª Juan 1.9; Apocalipsis 2.4.

Una forma de saberlo es haciendo una pregunta de seguimiento: «¿Por qué hago lo que hago como cristiano?». Los siguientes son algunos detalles para considerar. ¿Por qué asistimos a los servicios de adoración? ¿Por qué oramos y damos? ¿Por qué participamos de la Cena del Señor? ¿Acaso hacemos estas cosas simplemente *como un deber*, porque «el Señor nos dijo que lo hiciéramos»? J. Wayne Kilpatrick dijo: «Si alguna vez estoy enfermo y usted viene a verme, probablemente le diga: “¡Estoy tan contento de que hayas venido!”. Pero si responde: “Bueno, era mi deber venir”, puede que no lo diga en voz alta, pero pensaré: “Por favor, aléjese si esa es la única razón por la que viene”. “¡Quiero preocupación, compasión y amor!”». ² Dios también. Él desea que Su pueblo tenga esta actitud: «¡Me encanta adorar con otros cristianos y orar y dar y participar de la Cena del Señor!». El avivamiento siempre comienza con el pueblo de Dios.

UN PUEBLO PREPARADO ESPIRITUALMENTE

En segundo lugar, hacemos la pregunta «Como pueblo de Dios, ¿qué necesitamos *hacer* para tener un avivamiento?». El discurso de Salomón muestra la necesidad de estar *espiritualmente preparados*. Se requiere un autoexamen serio. Muchos de nosotros tenemos una «visión 20/20» cuando se trata de los pecados de otras personas, pero estamos ciegos a los nuestros.

Mediante la humildad

Nuestro texto primero dice que necesitamos *humildad*: «Mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, [necesita *humillarse*]» (énfasis agregado). Tenemos que ser lo suficientemente grandes para admitir lo pequeños que somos, para reconocer nuestras debilidades y defectos. La Biblia dice mucho acerca de la humildad. De las «seis cosas que aborrece Jehová», lo primero que se menciona son «los ojos altivos [“una mirada altiva”; KJV]» (Proverbios 6.16, 17).³ Jesús enseñó que debemos ser «pobres en espíritu», «porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido» (Mateo 5.3; Lucas 14.11). Pedro escribió:

² J. Wayne Kilpatrick, sermón predicado en la iglesia de Cristo de Westside, Duncan, Oklahoma, 17 de marzo de 1986.

³ Otros pasajes del Antiguo Testamento sobre el orgullo incluyen Proverbios 8.13; 16.18; Isaías 57.15.

Revestíos de humildad; porque:
Dios resiste a los soberbios,
Y da gracia a los humildes.
Humillaos, pues, bajo la poderosa mano
de Dios, para que él os exalte cuando fuere
tiempo (1^a Pedro 5.5b, 6).⁴

Mediante la oración

Lo siguiente en nuestro texto es la necesidad de *orar*: Aquellos sobre los cuales es invocado el nombre de Dios necesitan «humillarse y orar» (énfasis agregado). La oración es poderosa. Dios responde la oración. Jesús dijo:

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? (Mateo 7.7–11).⁵

Juan enfatizó la misma verdad:

Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho (1^a Juan 5.14, 15).

¿Qué debemos orar? Ofrezcamos oraciones de *gratitud* por las bendiciones de Dios, porque «toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto» (Santiago 1.17). Elevemos oraciones de *confesión*. «Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho» (Santiago 5.16). Pronunciemos oraciones de *servicio*. «Heme aquí, envíame a mí» (Isaías 6.8). Necesitamos orar por nosotros mismos; necesitamos orar por nuestra comunidad y el mundo; y, sobre todo, ¡necesitamos orar por los perdidos! Se ha dicho que no estamos *preparados* para un avivamiento hasta que hayamos *orado previamente*.

Mediante la búsqueda del rostro de Dios

El siguiente requisito se relaciona con la oración, a saber: «... y busquen mi rostro». Buscar el rostro de Dios es desear estar con Él y estar cerca de Él. Dado que ningún hombre puede ver a Dios en esta

vida, puede que también haya una implicación de un ardiente deseo de ir al cielo. David respondió a este desafío diciendo en su corazón: «Tu rostro buscaré, oh Jehová» (Salmos 27.8b).

Mediante un cambio de vida

La lista de requisitos de Dios para el avivamiento termina con la necesidad de un cambio de vida: «... y se convirtieren de sus malos caminos». Tenemos que volvernos de nuestro descuido de la Biblia. Las buenas aulas, el equipo y la capacitación de los maestros son ciertamente útiles; pero si nuestros miembros no desean sinceramente conocer la Palabra de Dios, todo será en vano. Las palabras de Oseas aún suenan como una advertencia: «Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento» (Oseas 4.6).

Necesitamos alejarnos de las actitudes desagradables de unos para con otros. No podemos tener un avivamiento hasta que las cosas estén bien entre nosotros. «En *esto* conocerán todos que sois mis discípulos», dijo Jesús, «si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13.35; énfasis agregado). Nada es más *atractivo* que una iglesia en la que los miembros se aman, y nada es más *espantoso* que una iglesia que se queja y riñe.

Tenemos que alejarnos de nuestra indiferencia para con los perdidos. La mayoría de nosotros vivimos en ciudades donde estamos rodeados de personas, ¡y muchas de ellas están perdidas! Necesitamos invitarlos a asistir a los servicios de adoración con nosotros. Algunos podrían pensar: «No tengo a nadie a quien invitar. Todos mis vecinos asisten a otros lugares o no están interesados en la religión». Si vive en un vecindario típico, más de la mitad de sus vecinos no están adorando en ningún lugar los domingos por la mañana. Además, la mayoría le agradecerán por invitarlos. Puede que vengan o no, pero agradecerán la invitación. ¡Si invitamos a suficientes, *algunos* vendrán! ¡Tenemos tanto para compartir: salvación en Cristo, servicios edificantes y comunión con Dios y con los demás! Dejemos nuestra indiferencia para con los perdidos y compartamos estas bendiciones con ellos.

También necesitamos alejarnos de todas formas de mundanalidad. Esto incluye prácticas impías como beber, apostar y abusar de las drogas. Sin embargo, abarca más que eso. Debemos dejar de poner las cosas de este mundo por encima de las cosas de Dios. Nuestro desafío es buscar (Continúa en la página 19)

⁴ Otro pasaje del Nuevo Testamento sobre el orgullo es Santiago 4.6.

⁵ Veá Mateo 21.22.



La resolución de Esdras (Esdras 7.10)

El 1 de enero algunas personas hacen resoluciones que a menudo se rompen iniciando el 2 de enero. La presente lección trata sobre un hombre que tomó una resolución, la cumplió y fue bendecido por Dios porque lo hizo.

Este hombre fue Esdras. Al comienzo de este relato, era un esclavo en Babilonia. Artajerjes, rey de Persia, le dio permiso para volver a Jerusalén y llevar consigo a otros israelitas. El pueblo hizo ese largo y difícil viaje, cargado de vasijas, utensilios y otros artefactos para el templo. El viaje tomó unos cuatro meses; pero «la buena mano de su Dios [estaba con]» Esdras (Esdras 7.9), por lo que el pueblo llegó a Jerusalén sin incidentes. Entonces Esdras los guio en una restauración espiritual.

Esdras fue bendecido de múltiples maneras. Por ejemplo, Artajerjes fue extraordinariamente generoso con él. (Esdras agradeció a Dios por influir en el rey [7.27].) Si bien fue esclavo, se convirtió en líder de hombres libres. Además, viajó de una tierra extraña a su tierra natal, haciendo el largo viaje sin perder a una sola persona en su grupo de viaje. ¿Por qué fue tan bendecido? Esdras 7.10 comienza con la palabra «Porque», indicando que el escritor estaba a punto de decirnos la razón por la cual Esdras logró lo que hizo: «Porque Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos».

Esdras «había preparado su corazón», esto es, resolvió hacer ciertas cosas. Estaba decidido a hacerlas. Su resolución fue triple:

«Inquirir la ley de Jehová».

«Cumplir» la ley de Jehová.

«Enseñar en Israel sus estatutos y decretos».

Mientras vamos por la vida, también necesitamos las bendiciones del Señor. Esdras fue bendecido porque hizo esta resolución y la cumplió. Necesitamos preparar nuestros corazones para hacer las mismas tres cosas.

INQUIRAMOS LA LEY DEL SEÑOR

A Esdras se le describe como un «escriba diligente en la ley de Moisés, que Jehová Dios de Israel había dado» (7.6). Darse cuenta de que *el Señor* había dado la Ley constituía un gran incentivo para que Esdras la estudiara. Cuando recibimos una carta¹ de alguien a quien amamos, no podemos esperar leerla. De la misma manera, cuando entendamos que la Biblia vino de Dios, el que nos *ama, desearemos* estudiarla. Recuerdo haber oído hablar de una mujer que leyó una novela y no quedó impresionada por ella, hasta que conoció al autor y se enamoró de él. Luego, cuando volvió a leer el libro, quedó cautivada por el mismo. El amor de Esdras por el Señor y Su ley formó la base de su resolución: decidió «inquirir la ley de Jehová».

Si usted y yo hemos de ser bendecidos por el Señor, también tenemos que estudiar Su Palabra. Pedro escribió que, a nuestra fe, hemos de «[añadir] [...] conocimiento» (2ª Pedro 1.5), que viene por medio del estudio. Tenemos que aprender a manejar «bien la palabra de verdad» (2ª Timoteo 2.15), o la «torceremos» para nuestra «propia perdición» (2ª Pedro 3.16).

Dios nunca nos pide que hagamos nada sin un propósito. Estudiar Su Palabra bendecirá nuestras

¹ Lo mismo aplica a cualquier correspondencia, como un correo electrónico o un mensaje de texto.

vidas. Su Palabra nos completa (2ª Timoteo 3.16, 17). Nutre nuestras almas, proporcionando leche para los recién llegados a la fe cristiana (bebés en Cristo; vea 1ª Pedro 2.2) y alimento sólido para los maduros (Hebreos 5.12–14). Su Palabra guía nuestro camino (Salmos 119.105) y nos guarda de caer (2ª Pedro 1.10). Fortalece nuestra fe (Romanos 10.17). La Palabra de Dios nos ayuda a vencer la tentación (Mateo 4.1–11).

Es extraño, entonces, que las personas den excusas para no estudiar la Biblia. Por ejemplo, algunos dicen que la Biblia está desactualizada, que ya no es relevante para nuestros días. Sin embargo, Dios es el mismo, el hombre es el mismo, el pecado es el mismo, y la necesidad que tiene el hombre de salvación y guía es tan grande como siempre. «Nada hay nuevo debajo del sol» (Eclesiastés 1.9). La necesidad de la Biblia es tan grande como nunca lo ha sido, y tal vez más.

Otros reconocen el valor del estudio, pero insisten en que sus ocupadas vidas no les dejan tiempo para leer y estudiar la Biblia. Si no tenemos tiempo para la Palabra de Dios, no tenemos tiempo para Dios; y si no tenemos tiempo para Dios, ¿cómo podemos estar seguros de que Él tendrá tiempo para nosotros cuando lo necesitemos? El justo encuentra tiempo para leer y estudiar. «En la ley de Jehová está su delicia», por lo que «medita» en ella «de día y de noche» (Salmos 1.2). ¡Que Dios nos ayude a dejar de lado nuestras excusas y poner nuestro corazón en «inquirir la ley de Jehová»!

CUMPLAMOS LA LEY DEL SEÑOR

No solo necesitamos aprender lo que enseña la Palabra de Dios; también tenemos que *hacer* lo que dice. «Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla» (Esdras 7.10; énfasis agregado). Esdras no se detuvo con el aprendizaje de la Palabra; él también determinó obedecerla.

El conocimiento que no impacta nuestras vidas para mejor no tiene valor. T. Watson escribió:

El conocimiento es una joya y adorna a quien lo lleva. Es el ojo del alma para guiarla por el camino correcto. ¡Sin embargo, [vacío] es el conocimiento sin práctica! Satanás es un espíritu conecedor, pero no tiene una práctica santa.²

² T. Watson, citado en Foy L. Smith, «*Beautiful Star: A Study of the Book of Esther*» («Una bella estrella»: Un estudio del libro de Ester) (Riverside, Calif.: Foy L. Smith Publications, s.f.), 8.

Según Pablo, el conocimiento por sí solo puede hacer que uno se «envanezca» (1ª Corintios 8.1). Algunos se enorgullecen de lo que saben, pero siguen siendo desagradecidos, indiferentes y sin amor. Santiago enfatizó que el conocimiento por sí solo no es suficiente: «Al que *sabe* hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado» (Santiago 4.17; énfasis agregado).

Esdras fue honesto consigo mismo y con Dios. Puesto que había puesto su corazón en inquirir la Ley, cuando la Ley decía: «Haz esto o aquello», la única respuesta honorable era hacerlo. Como resultado, la mano de Dios estaba con él.

Usted y yo también tenemos que ir más allá del mero conocimiento si queremos ser bendecidos por el Señor. La importancia de la obediencia se enfatiza tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento está lleno de ejemplos que muestran la importancia de hacer lo que Dios dice.

Adán y Eva desobedecieron a Dios y fueron expulsados del huerto (Génesis 3).

Noé tuvo cuidado de seguir las instrucciones de Dios exactamente, y él y su familia fueron salvos (Génesis 6.14–22).

Saúl pensó que las buenas intenciones podrían ser un sustituto de la obediencia estricta (1º Samuel 15.1–23); pero Samuel le dijo: «... obedecer es mejor que los sacrificios...» (1º Samuel 15.22).

Ese mismo énfasis en la obediencia se encuentra en el Nuevo Testamento. Cristo, nuestro ejemplo, dijo: «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Juan 5.30). Leemos lo siguiente:

Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen (Hebreos 5.8, 9).

Como Jesús, tenemos que *aprender* a obedecer, a someter nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Muchos portavoces del Nuevo Testamento tuvieron algo que decir acerca de la importancia de la obediencia: Cristo (Mateo 7.21–27), Pablo (2ª Tesalonicenses 1.8, 9), el autor de Hebreos (Hebreos 5.9), Pedro (1ª Pedro 4.17) y Juan (1ª Juan 2.3–5).

Al igual que la resolución de estudiar la Palabra, la resolución de obedecer la Palabra sirve para múltiples propósitos en nuestras vidas. Por ejemplo, muestra nuestra confianza en Dios y Su

Palabra. Demostramos nuestra confianza en un médico siguiendo sus instrucciones. Abraham demostró su confianza en Dios obedeciendo Su mandamiento de ir a otro país, aunque no sabía «a dónde iba» (Hebreos 11.8).

Además, la obediencia nos prepara para el cielo. Se nos dice que en el cielo, los redimidos «servirán» al Señor (Apocalipsis 22.3). Puede sonar extraño, pero la persona que no aprende a servir al Señor en esta vida seguramente será miserable en el cielo. Estudiar la Palabra de Dios y hacer lo que dice son partes importantes de prepararse para el cielo, ¡donde el Cordero nos guiará «a fuentes de agua de vida» y «Dios enjugará toda lágrima de [nuestros] ojos» (Apocalipsis 7.17)!

ENSEÑEMOS LA LEY DEL SEÑOR

«Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos» (Esdras 7.10; énfasis agregado). Se puede ver una progresión natural en las resoluciones de Esdras: aprender la Palabra («inquirir») debería conducir naturalmente a obedecer la Palabra («cumplir»), lo que a su vez debería conducir a compartir la Palabra («enseñar»). Si alguien le hablara de una cura para una terrible dolencia que le atormentaba, podría decidir aprender más al respecto («inquirir»). Si lo que aprendió le pareció razonable, puede optar por intentarlo («cumplir»). Entonces, si funcionó, probablemente estaría ansioso por compartir las noticias con cualquier otra persona que padezca la misma enfermedad («enseñar»). En vista de que Dios nos ha dado el remedio para el pecado, ¡debemos aceptarlo con entusiasmo e invitar a otros a hacerlo compartiendo el evangelio con ellos!

La enseñanza de Esdras no estuvo exenta de peligros. No a todos les agradó lo que tenía que decir. Por ejemplo, cuando llegó a Jerusalén, el primer problema que tuvo que abordar fue el asunto de los matrimonios mixtos: los judíos habían contraído matrimonio con otras naciones, contrario a la ley de Dios (Esdras 9.10–12; vea Éxodo 34.15, 16; Deuteronomio 7.1–4). El mensaje de Esdras de repudiar a las mujeres extranjeras no hizo felices a todos (vea Esdras 10.11, 14). Sin embargo, siguió enseñando.

La demostración más impresionante de la enseñanza de Esdras se encuentra en el libro de Nehemías. Es una ilustración clásica de lo que implica enseñar la Palabra de Dios:

... y se juntó todo el pueblo como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, y dijeron a Esdras el escriba que trajese el libro de la ley de Moisés, la cual Jehová había dado a Israel. Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres y de todos los que podían entender, el primer día del mes séptimo. Y leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de hombres y mujeres [...] y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley. [...] Abrió, pues, Esdras el libro a ojos de todo el pueblo, porque estaba más alto que todo el pueblo; y cuando lo abrió, todo el pueblo estuvo atento. Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! [...] Y los levitas [...] hacían entender al pueblo la ley; y el pueblo estaba atento en su lugar. Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura.

... todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley. [...] habían entendido las palabras que les habían enseñado.

Al día siguiente se reunieron los cabezas de las familias de todo el pueblo, sacerdotes y levitas, a Esdras el escriba, para entender las palabras de la ley (Nehemías 8.1–13).

Un resultado inmediato de la enseñanza de esos días fue que el pueblo se enteró de las fiestas sagradas que habían descuidado. Se pusieron a trabajar de inmediato para resolver esa situación (Nehemías 8.14–18).

Enseñar la Palabra de Dios era importante en el Antiguo Testamento, y lo es aún más en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, los israelitas entraban en una relación de pacto cuando nacían y luego se les enseñaba la Ley. En el Nuevo Testamento, primero se le debe enseñar la Palabra de Dios para poder tener una relación salvadora con el Señor. Jesús dijo: «Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí» (Juan 6.45; vea Hebreos 8.11). Como cristianos, se nos desafía a enseñarles a nuestras familias, amigos, vecinos y a todos en el mundo (Mateo 28.18–20; Marcos 16.15). A Timoteo se le dijo que cuidara de sí mismo (que estudiara y practicara [2ª Timoteo 2.15; 3.16, 17] y que no permitiera que nadie menospreciara su juventud [1ª Timoteo 4.12]), y también que cuidara su enseñanza (1ª Timoteo 4.16).

La enseñanza era esencial en los días de Esdras porque el pueblo había estado en esclavitud durante décadas y necesitaba que se les recordaran

(Continúa en la página 34)

Cómo edificar la congregación local¹

(Nehemias 2.17-20; 4.1-6; 6.15, 16²)

Como cristianos, enfrentamos múltiples desafíos personales, que incluyen permanecer fieles al Señor y formar una familia cristiana. También tenemos la responsabilidad de ayudar a edificar la congregación local, tanto espiritual como numéricamente.³ Debemos tomar parte activa en promover el «crecimiento [del cuerpo] para ir edificándose en amor» (Efesios 4.16). Nuestro texto para esta lección nos dice cómo tener éxito en cualquier emprendimiento congregacional aprobado por Dios. Es uno de mis favoritos en cuanto a enfrentar desafíos abrumadores: el libro de Nehemías.

Después de setenta años de cautiverio en Babilonia, cuando los medos y los persas llegaron al poder, a los judíos se les permitió regresar a Jerusalén. Reconstruyeron el templo, junto con varias casas. Sin embargo, llegó la noticia a Nehemías en la capital medo-persa de que los muros de la ciudad no habían sido reconstruidos. En aquellos días, un asentamiento no se consideraba una ciudad a menos que tuviera muros para su protección. Nehemías, quien era copero del rey medo-persa (una posición de cierta prominencia), estaba muy molesto por esta omisión, y obtuvo permiso para regresar a Jerusalén y reconstruir los muros. El relato de esa hazaña se da en los primeros seis capítulos de Nehemías. No fue una tarea fácil. Además de emprender este importante proyecto de restauración, Nehemías y sus obreros enfrentaron

oposición en cada paso del camino. ¡Sin embargo, leemos en Nehemías 6.15: «Fue terminado, pues, el muro, [...] en cincuenta y dos días»!

¿Cómo fue eso posible? Mientras leemos el relato, nos impresionan muchos factores que contribuyeron al resultado final. En la parte superior de la lista, tenemos que colocar un buen liderazgo y la presencia del Señor. En este momento, sin embargo, deseo centrar la atención en los ciudadanos de Jerusalén. En los primeros seis capítulos de Nehemías, un versículo destaca su importante papel y su impresionante actitud en este proyecto: «Edificamos, pues, el muro, y toda la muralla fue terminada hasta la mitad de su altura, *porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar*» (4.6; énfasis agregado).

UN PUEBLO TRABAJADOR

¿Cómo contribuyó la población de Jerusalén al éxito del proyecto de construcción de la muralla? Primero, siendo un pueblo *trabajador*: «... el pueblo tuvo ánimo para *trabajar*» (4.6; énfasis agregado).

No tuvieron el ánimo para rezongar, quejarse, criticar o encontrar fallas. Hace mucho tiempo, leí acerca de un hermano que llegó tarde a una reunión de negocios. Según se decía, tan pronto como llegó, dijo: «Lo que sea que hayan decidido, estoy en contra». Los presentes respondieron: «Bueno, dinos cómo crees que se debe hacer». El hombre sacudió su cabeza. «No, sigan adelante y hagan sus planes; entonces les diré qué tienen de malo». Ese puede ser un ejemplo extremo, pero ¿no es cierto en casi cualquier actividad planificada que la única «aportación» de unos es decirles a otros «por qué no va a funcionar»?

Los ciudadanos de Jerusalén no eran así. Tuvieron el ánimo para *trabajar*. Pablo les dijo a los cristianos: «... somos hechura suya, creados en

¹ Si anuncia el título de esta lección, tal vez quiera nombrar la congregación donde está predicando en lugar de usar las palabras genéricas «La congregación local».

² Si lo desea, lea estos versículos en voz alta antes de presentar la lección.

³ Usted podría mencionar desafíos específicos que enfrenta la congregación que solo pueden superarse si cada miembro hace su parte.

Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2.10); y desafió a los filipenses, diciéndoles: «... ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2.12). Cuando Dorcas murió, se dolieron de su partida porque había abundado en «buenas obras y en limosnas que hacía» (Hechos 9.36). Al final, Dios «pagará a cada uno conforme a sus obras» (Romanos 2.6).

Cuando fracasamos en una empresa, a veces tenemos excusas de por qué las cosas no salieron según lo planeado. Muchos factores pueden contribuir a la falta de éxito, pero a menudo la razón principal es que no nos esforzamos lo suficiente. Es especialmente cierto con respecto a lo que logramos o no en la obra del Señor. Se ha dicho que demasiados miembros de la iglesia son como ampollas: aparecen después de terminar el trabajo.

Si todos nos esforzamos lo más que podamos para servirle al Señor, Dios nos bendecirá y crecemos espiritual y físicamente como congregación. Que cada uno de nosotros determine tener «ánimo para trabajar».

UN PUEBLO DEDICADO

En segundo lugar, los ciudadanos de Jerusalén contribuyeron al éxito del proyecto de construcción siendo un pueblo *dedicado*. Por ahora, centrémonos en una frase diferente en nuestro texto: «... el pueblo tuvo *ánimo* para trabajar» (Nehemías 4.6; énfasis agregado). La palabra «ánimo» se refiere a una disposición: Estaban dispuestos a trabajar. Estaban *decididos* a trabajar. Se *dedicaron* a la tarea de reconstruir el muro.

Como miembros de la iglesia, puede que trabajemos por varias razones. Algunos podrían creer que tienen que hacerlo. Puede que algunos tengan temor de no hacerlo. Algunos incluso podrían trabajar porque alguien se lo rogó. ¡Cuánto mejor sería si todos nosotros tuviéramos «ánimo» (una inclinación) para trabajar! Pablo le dijo a Tito que recordara a sus oyentes que «estén *dispuestos* a toda buena obra» (Tito 3.1; énfasis agregado). Les dijo a los corintios: «Porque si primero hay la *voluntad* dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene» (2ª Corintios 8.12; énfasis agregado).

Uno de nuestros mayores desafíos es tener la mente de Cristo:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como

cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2.5–8).

Se requieren sacrificios para ayudarle a una congregación a crecer espiritual y numéricamente: sacrificios de tiempo, dinero y energía. Demasiados no están dispuestos a hacer esos sacrificios. Si ese ha sido su caso, piense en el sacrificio de Cristo, ¡lo que Él entregó para salvarnos de nuestros pecados! Usted y yo hemos de acercarnos con la mente de Cristo a un mundo perdido en el pecado.

Alguien podrían objetar: «¡Hay tanta gente en esta área y tan pocos de nosotros!». Si Dios pudo usar a un joven dedicado para derrotar al poderoso Goliat, si pudo capacitar a trescientos soldados que confiaron en Él para derrotar a un ejército poderoso,⁴ si pudo tomar doce hombres de fe (apóstoles) y revolucionar toda la historia, entonces Él puede ayudarnos en nuestra pequeñez y debilidad para alcanzar a los perdidos que nos rodean. Por supuesto, solo puede usarnos de esa manera si nos dedicamos de todo corazón a hacer lo que podemos en Su reino.

UN PUEBLO UNIDO

Tercero, la población de la ciudad hizo su parte en la reconstrucción de las murallas porque era un pueblo *unido*: «... *el pueblo* tuvo ánimo para trabajar» (Nehemías 4.6; énfasis agregado). En el capítulo que precede a nuestro texto, descubrimos hechos adicionales sobre las siguientes personas: 1) Estaban organizados. Nehemías 3 describe los diversos trabajos asignados a cada uno; 2) Cooperaron. Trabajaron juntos y tuvieron éxito; y 3) Estaban unidos. Todos aportaron en la reconstrucción.

¿Quién fue el que «tuvo ánimo para trabajar»? Los sacerdotes (3.1, 22), los gobernantes (3.9, 12), los comerciantes (3.32), ¡prácticamente todos! (Encontramos una sola afirmación negativa: Ciertos nobles «no se prestaron para ayudar a la obra» [3.5].) El pueblo tenía una causa común; y en esa causa común encontraron unidad y una razón para trabajar juntos.

(Continúa en la página 19)

⁴ El relato de David y Goliat se encuentra en 1º Samuel 17. En Jueces 7, el Señor capacitó a Gedeón para derrotar a los opresores madianitas de Israel con un ejército de únicamente trescientos hombres.



«Para esta hora» (Ester)

El nombre de Dios no aparece en el libro de Ester, sin embargo, vemos claramente la mano de Dios en él. El relato constituye un hermoso ejemplo de *la providencia* de Dios. «Providencia» proviene de los términos latinos *pro* («delante») y *videre* (similar a «video», «ver»¹). La palabra se define de la siguiente manera:

... la obra benéfica de la soberanía de Dios por medio de la cual todos los eventos son dirigidos y con la finalidad de lograr los propósitos de gloria y bien para los cuales fue creado el universo.²

El libro de Ester tiene un significado especial para nosotros porque muestra cómo Dios actuó *detrás de escenas* en la vida de Ester, incluso como lo hace en nuestras propias vidas. Considerar cómo el Señor estaba obrando en la vida de Ester podría ayudarnos a ver la forma como Dios está obrando en nuestras propias vidas, especialmente cuando miramos atrás y contemplamos adónde nos ha llevado la vida.

El título de nuestra lección proviene de Ester 4.13–17, donde Mardoqueo desafió a Ester a considerar las obras providenciales de Dios en su propia vida: «¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?» (4.14). ¿A qué hora se refería?

UNA HORA DE DECISIONES TRASCENDENTALES (1.1—2.23)

La decisión de deponer a Vasti (1.1–22)

El capítulo 1 nos presenta al gobernante medopersa. Los hebreos le llamaron «Asuero»; los griegos lo llamaron «Jerjes».³ Al comienzo del relato, ¡Asuero estaba dando un banquete real que duró casi seis meses (1.4)! Después de eso, el rey ofreció un banquete de una semana para los ciudadanos locales. En los versículos 10 y 11 leemos:

El séptimo día, estando el corazón del rey alegre del vino, mandó a Mehumán, Bizta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar y Carcas, siete eunucos que servían delante del rey Asuero, que trajesen a la reina Vasti a la presencia del rey con la corona regia, para mostrar a los pueblos y a los príncipes su belleza; porque era hermosa.

La reina no vino (1.12), lo que enfureció al rey, y decretó que Vasti ya no sería reina (1.13–22). Podemos admirar a Vasti por rechazar la solicitud de embriaguez y comprenderla en cuanto a su severo castigo. Sin embargo, si tenía razón o no, no es importante en lo que respecta al relato. El propósito del escritor era explicar cómo Ester se convirtió en reina.

¹ «Divine Providence» («La providencia divina») (https://en.wikipedia.org/wiki/Divine_providence; consultado el 4 de septiembre del 2020).

² N. M. de S. Cameron, «Providence» («La Providencia»), en *New Dictionary of Theology (Diccionario nuevo de teología)*, ed. Sinclair B. Ferguson y David F. Wright (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1988), 541.

³ El «nombre del rey, tal como se escribe en las antiguas letras persas, es una larga fila de consonantes [...], totalmente impronunciable. Los griegos [...] lo tradujeron como Jerjes, y los hebreos lo tradujeron como Asuero; y uno se aproxima tanto al verdadero nombre persa como el otro» (J. W. McGarvey, *Sermons [Sermones]* [Cincinnati, Ohio: Standard Publishing Co., 1894], 232).

La decisión de buscar otra reina (2.1–23)

Después de que pasó algún tiempo, se «[sosegó] la ira del rey Asuero» (2.1), y sin duda extrañaba a su reina. Muchos escritores piensan que la desafortunada campaña del rey contra los griegos ocurrió entre los eventos de los capítulos 1 y 2, y que ahora estaba en casa, contando sus pérdidas, aumentando su abatimiento. Fuera ese el caso o no, sus asesores sugirieron que se llevara a cabo un concurso de belleza para encontrarle al rey una nueva reina (2.2–4). Sus siervos viajaron por todo su vasto imperio, encontraron hermosas jóvenes vírgenes y las llevaron al palacio del rey (2.8a). Probablemente, algunas vinieron de buena gana y otras de mala gana; sin embargo, desobedecer el edicto del rey era invitar a un castigo rápido y severo.

Desde un punto de vista cristiano, el capítulo 2 está lleno de fealdad moral. El comportamiento prepotente y egocéntrico de un gobernante oriental podría enfermarnos. Tenemos que recordar que el propósito del autor no fue condonar lo que sucedió, sino simplemente decirnos cómo fue posible que una joven doncella judía se convirtiera en reina del poderoso Imperio Medo-Persa.

En este punto, el relato nos presenta a Ester y su primo Mardoqueo (2.5–7). Los padres de Ester habían muerto y Mardoqueo la había acogido en su casa y la había criado «como hija suya» (2.7). Su nombre hebreo era «Hadasa», que quiere decir «mirto». Su nombre persa era «Ester», que quiere decir «estrella». El texto nos dice que era «de hermosa figura y de buen parecer» (2.7). También era hermosa por dentro, evidentemente; porque «ganaba [...] el favor de todos los que la veían» (2.15). Cuando llegó el turno de Ester de ir al rey, «halló [...] gracia y benevolencia delante de él más que todas las demás vírgenes; y puso la corona real en su cabeza, y la hizo reina en lugar de Vasti» (2.17).

Son importantes dos comentarios paralelos para comprender el presente relato. En ese momento, en el palacio no se sabía que Ester era judía (2.10). Además, Mardoqueo había frustrado un complot para asesinar al rey. Ese hecho quedó registrado en las crónicas reales (2.21–23).

UNA HORA DE VIEJAS ANIMOSIDADES (3.1–15)

La animosidad de Amán (3.1–6)

El capítulo 3 nos presenta al último actor de

este drama: Amán. Era un «agagueo» (3.1), un descendiente de Agag. El rey Saúl había recibido una comisión divina para exterminar a los amalecitas, de los cuales Agag era rey (1° Samuel 15). Saúl afirmó haberlos destruido por completo (15.20), pero obviamente no lo hizo. La historia pasada de la familia de Amán con los judíos podría ayudar a explicar su repudio de ellos como pueblo.

Cuando comienza Ester 3, Amán había sido elevado por el rey a la segunda autoridad en todo el reino (3.1). Dondequiera que iba, el pueblo se inclinaba ante él y le rendía homenaje, pero no Mardoqueo (3.2). No se nos informa con precisión por qué Mardoqueo no se inclinaba ante él. Tal vez se negó porque sabía qué clase de hombre era Amán. Tal vez consideraba que el acto era equivalente a la idolatría. Nuevamente, la razón exacta no es importante; es solo un detalle que conduce a la resolución de Amán. Cuando Amán supo que Mardoqueo era judío (3.4), «se llenó de ira» (3.5); pero no se contentó con castigar a Mardoqueo. Decidió destruir a todos los judíos sobre la faz de la tierra (3.6), ¡así como Saúl había tratado de destruir a todo el pueblo amalecita!

La deshonestidad de Amán (3.7–15)

Siendo supersticioso, como lo eran la mayoría de los paganos, Amán echó el Pur (la suerte) para determinar el momento más auspicioso para esta masacre (3.7). El tiempo indicado estaba a un año de suceder. ¡Todos los judíos en todas partes — hombres y mujeres, niños y niñas, e incluso bebés en brazos de sus madres— tenían doce meses de vida!

Primero, Amán tuvo que poner en marcha su complot asesino. Fue al rey y le ofreció diez mil talentos de plata si firmaba un edicto ordenando la ejecución de todos los judíos. ¡Diez mil talentos de plata equivalen a 375 toneladas, que se estima que representan dos tercios de los ingresos totales del Imperio Medo-Persa durante un año!⁴

Los gobernantes orientales eran más o menos indiferentes ante la vida humana. Estaban interesados principalmente en lo que promovería y exaltaría su gobierno. Por lo tanto, el rey aceptó el ofrecimiento, y leemos:

Y fueron enviadas cartas por medio de correos a todas las provincias del rey, con la orden de

⁴ Charles R. Swindoll, *Esther: A Woman for Such a Time as This (Ester: Una mujer para una hora como esta)* (Fullerton, Calif.: Insight for Living, 1990), 33.

destruir, matar y exterminar a todos los judíos, jóvenes y ancianos, niños y mujeres, en un mismo día, en el día trece del mes duodécimo, que es el mes de Adar, y de apoderarse de sus bienes (3.13).

Una vez que se aprobaba una ley en Medo-Persia, no podía ser derogada (1.19). Sin duda, esta peculiar regulación tenía la intención de alentar a los gobernantes a pensar cuidadosamente antes de emitir un edicto, sin embargo, no hay evidencia de que Asuero reflexionara sobre la carnicería que la decisión provocaría. Aparentemente, su única consideración era llenar las arcas reales.

Tomemos un momento para considerar la tragedia personal y las trascendentales consecuencias de tal acción. ¿Qué le habría hecho esto a la promesa de Dios a Abraham de bendecir a todas las naciones por medio de sus descendientes?

UNA HORA DE DECISIONES AMENAZANTES (4.1–17)

Decisiones desagradables (4.1–14)

Cuando el edicto del rey llegó a todas las provincias, «tenían los judíos gran luto, ayuno, lloro y lamentación» (4.3). Mardoqueo envió un mensaje a Ester con respecto al decreto y le dijo «que fuese ante el rey a suplicarle y a interceder delante de él por su pueblo» (4.8).

Ester dudaba, porque notó que si cualquier hombre o mujer se presentaba ante el rey sin ser llamado, él o ella había de morir, a menos que el rey extendiera su cetro de oro (4.11a). «Y yo no he sido llamada para ver al rey estos treinta días», añadió (4.11b). En otras palabras, «Si hago lo que me pides, ¡probablemente muera!». La respuesta de Mardoqueo fue inflexible:

No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino? (4.13, 14).

Primero hizo notar que ella *podría morir* si no la llamaban; sin embargo, si no iba, *moriría*, y se encontraría otra forma de contrarrestar el edicto imperial. En segundo lugar, le pidió que considerara la posibilidad de que Dios providencialmente la hubiera elevado a su posición exaltada precisamente para este momento en la historia de Su pueblo, a saber: «... para esta hora». (A Dios no

se le menciona en el versículo 14, sin embargo, es casi imposible entender lo que dijo Mardoqueo sin entender que Dios era parte de la escena.)

La decisión correcta (4.15–17)

Lo único que podemos hacer es imaginarnos la lucha interna de Ester mientras contemplaba qué hacer. Su profundidad de carácter se hace evidente cuando finalmente decidió arriesgar su vida por la de su pueblo. Le pidió a Mardoqueo que reuniera a todos los judíos de la ciudad para que ayunaran con ellos durante tres días. (Este ayuno sin duda implicó más que simplemente estar sin comida. El lector automáticamente querrá expandir la frase a «ayuno y oración».) Ella dijo: «entonces entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; y *si perezco, que perezca*» (4.16; énfasis agregado).⁵

UNA HORA DE UN ACTO SALVADOR (5.1—9.16)

Un banquete privado (5.1–8)

Durante los tres días de ayuno, Ester seguramente oró, pidiéndole a Dios que la guiara sobre qué hacer. Al final de ese tiempo, no solo tenía un plan, también lo había puesto en marcha. Cuando fue ante el rey, ya tenía preparado un banquete (5.4). De hecho, se estaba preparando para *dos* banquetes (5.8).

Sin embargo, lo anterior constituye un salto adelante en el relato. Después de tres días, Ester se presentó ante el rey sin ser invitada (5.1). Tuvo que haber sido un momento tenso mientras se preguntaba si el rey extendería su cetro o si ordenaría a los guardias del palacio que acabaran con su vida allí mismo. Ella sin duda experimentó un momento de profundo alivio cuando el cetro fue extendido (5.2).

Era obvio que algo molestaba a Ester; entonces el rey preguntó: «¿Qué tienes, reina Ester, y cuál es tu petición?» (5.3). Todavía no era el momento adecuado para pedirle que le ayudara a su pueblo, por lo que Ester lo invitó, junto con Amán, a un banquete (5.4).

El rey aceptó la invitación, y él y Amán fueron al banquete (5.5). El rey seguía percibiendo que algo pesaba mucho en la mente de Ester, por lo que volvió a preguntarle qué deseaba (5.6). En lugar de responder a la pregunta, lo invitó a él y a Amán a

⁵ Compare la declaración de Ester aquí con la de Pablo en Hechos 20.24.

un segundo banquete al día siguiente (5.8).

Una horca de veintitrés metros (5.9–14)

Cuando Amán se fue del banquete, estaba jubiloso, hasta que pasó junto a Mardoqueo, quien nuevamente se negó a rendirle homenaje. Cuando llegó a casa, contó todos sus honores y luego dijo: «Pero todo esto de nada me sirve cada vez que veo al judío Mardoqueo sentado a la puerta del rey» (5.13). Amán era como un perro mascota mimado que vive en el lujo pero es miserable por culpa de una sola pulga.

La mujer y los amigos de Amán tenían una solución simple para su infelicidad: deshacerse de la pulga. ¿Por qué esperar hasta que mataran a todos los judíos? Le aconsejaron que procediera y matara a este judío de inmediato. «Hagan una horca de cincuenta codos de altura, y mañana di al rey que cuelguen a Mardoqueo en ella» (5.14).

«Cincuenta codos»: Son como veintitrés metros, ¡tan alto como un edificio de siete pisos! Se alzaría sobre la ciudad; todos en Susa podrían verla. Para construirla de la noche a la mañana, Amán tuvo que haber empleado un ejército de carpinteros para trabajar toda la noche.

Una noche de insomnio (6.1–14)

Otro que no durmió esa noche fue el rey, el cual «dijo que le trajesen el libro de las memorias y crónicas» (6.1), tal vez para ayudarlo a conciliar el sueño. Durante la lectura, recordó el momento en que Mardoqueo le salvó la vida, y preguntó: «¿Qué honra o qué distinción se hizo a Mardoqueo por esto?» (6.3). La respuesta fue «nada».

En ese momento, Amán llegó a la corte. Había venido temprano para pedir la aprobación del rey para su plan de colgar a Mardoqueo en la horca (6.4). El rey le preguntó: «¿Qué se hará al hombre cuya honra desea el rey?» (6.6). Amán supuso que el rey estaba hablando de él, así que respondió:

... traigan el vestido real de que el rey se viste, y el caballo en que el rey cabalga, y la corona real que está puesta en su cabeza; y den el vestido y el caballo en mano de alguno de los príncipes más nobles del rey, y vistan a aquel varón cuya honra desea el rey, y llévenlo en el caballo por la plaza de la ciudad, y pregonen delante de él: Así se hará al varón cuya honra desea el rey (6.8, 9).

¡Apenas podemos imaginar la sorpresa y el impacto de Amán cuando el rey reveló que estaba hablando de Mardoqueo (6.10)! Amán se mortificó

aún más cuando fue él quien asignó el desfile de Mardoqueo por la ciudad (6.11).

Cuando Amán regresó a casa, le contó a su mujer y amigos lo que había sucedido, y estos respondieron, «Si de la descendencia de los judíos es ese Mardoqueo [...] no lo vencerás, sino que caerás por cierto delante de él» (6.13).⁶ Tal vez recordaron la historia de otro judío llamado «Daniel».⁷ Aquellos que habían conspirado contra Daniel habían sido arrojados al foso de los leones y fueron muertos.

Mientras la mujer y los amigos de Amán todavía estaban hablando, los siervos del rey llegaron para llevar a Amán al segundo banquete de Ester (6.14). Esta vez probablemente no estaba tan emocionado por el honor.

Un ahorcamiento (7.1–10)

Después del banquete, el rey volvió a preguntar a Ester sobre su petición. Finalmente, reveló que ella y su pueblo habían sido condenados «para ser destruidos, para ser muertos y exterminados» (7.4). El rey estaba incrédulo. «¿Quién es...?», preguntó, «¿... dónde está, el que ha ensoberbecido su corazón para hacer esto?» (7.5). Ester señaló a Amán (7.6).

El rey se enojó tanto que se fue al huerto para controlarse (7.7). Entre los pensamientos que se arremolinaban en su mente, sin duda recordó cómo Amán lo había manipulado para que ordenara la destrucción de todos los judíos, incluida su amada reina. Cuando regresó, Amán se estaba echando sobre el lecho de Ester para rogar por su vida (7.8); pero lo que el rey vio parecía un asalto a su reina (vea 7.8). El rey no pudo tolerar más la traición de Amán. Ordenó que lo colgaran en la horca que había preparado para Mardoqueo (7.9, 10).

Un segundo edicto (8.1–9.16)

La muerte de Amán no resolvió el problema del edicto que ordenaba la aniquilación de los judíos (8.3–6). En vista de que las leyes de los medos y los persas no podían ser abrogadas, ¿qué podía hacerse? El problema fue mitigado por la redacción de un contraedicto que permitía a los judíos tomar represalias y defenderse (8.8–14). Después de que la noticia de este edicto llegó a todos los

⁶ En vista de que Amán se había referido antes a «Mardoqueo el judío» al hablar con su mujer y amigos (5.13), podríamos preguntarnos por qué no habían llegado antes a esta conclusión, pero por alguna razón no lo habían hecho.

⁷ Daniel vivió la última parte de su vida durante el gobierno de los medo-persas.

rincones del imperio, las fuerzas del rey se unieron a las de los judíos (vea 9.3). En el día decretado por el lanzamiento del Pur, obtuvieron una gran victoria (9.1–16).

UNA HORA DE LARGA CELEBRACIÓN (9.17—10.3)

Una fiesta es instituida (9.17–23)

Se instituyó una fiesta para celebrar la liberación providencial de los judíos de la aniquilación total. Lo designaron como «la fiesta de Purim», por el Pur que había sido echado («Purim» es la forma plural de «Pur»). Los judíos continúan celebrándola hasta hoy.

Mardoqueo es exaltado (10.1–3)

El libro de Ester cierra con un breve relato de cómo fue exaltado Mardoqueo. Llegó a ser el segundo en autoridad en todo el reino⁸ y continuó defendiendo la causa de su pueblo.

CONCLUSIÓN

Podemos extraer muchas lecciones del libro de Ester, como la importancia de una persona y el peligro de guardar rencor. Para terminar, sin embargo, quiero resaltar dos lecciones en particular.

Primero está el hecho de que Dios cuida de manera providencial de los Suyos. Es interesante rastrear lo que sucedió, comenzando con el nacimiento de una niña y la muerte de sus padres, y luego, paso a paso, hasta la liberación de los judíos y la exaltación de Mardoqueo. Podríamos detenernos y preguntar: «¿Qué pasaría si esto hubiera sucedido?» o «¿Y si no hubiera sucedido?». ¿Qué hubiera pasado si el rey no hubiera estado sin dormir esa noche específica, o si Amán hubiera llegado unos minutos antes, antes de que el rey leyera acerca de cómo Mardoqueo le había salvado la vida? Todo lo que pasó no debe atribuirse a la *coincidencia*. La mano de un Dios benéfico seguramente estaba obrando detrás de escenas.

El libro de Ester es una hermosa ilustración de mi pasaje bíblico favorito: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados»

⁸ Este asombroso ascenso al poder se compara con el de José en Egipto (Génesis 41.38–43).

(Romanos 8.28). Como se observa a menudo, el pasaje no dice que todo lo que le sucede a un hijo de Dios es bueno, sino que «todas las cosas [tanto buenas como malas] les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados...». ¿Fue algo bueno la muerte de los padres de Ester? No. ¿Fue algo bueno la petición de embriaguez a Vasti? No. ¿Fue algo bueno el concurso de belleza para seleccionar una nueva reina? No. ¿Fue algo bueno el trato del rey a las mujeres? No. Dios, sin embargo, pudo tomar todas esas cosas malas y que juntas, al final, ayudaran a bien.

Como se mencionó anteriormente, encontrar a Dios en Ester es una excelente práctica para nosotros; porque en el ajetreo de la vida, podemos perder de vista el hecho de que Dios también está obrando en nuestras vidas. Charles R. Swindoll escribió:

Es fácil ver a Dios en lo milagroso. No es tan fácil verlo en lo mundanal. Pero ahí es donde [nosotros] vivimos. Vivimos sin ver la escritura en la pared ni escuchar el trueno del Sinaí. Vivimos con Dios no en el centro del escenario sino dirigiendo discretamente desde los bastidores.⁹

Aunque no podamos ver el rostro de Dios, podemos ver Su mano. Aprendemos del libro de Ester que la obra de Dios a menudo se ve más fácilmente mirando atrás a lo que sucedió que en medio de los hechos. Philip Yancey dio una buena definición de la fe: «Fe quiere decir creer de antemano lo que solo tendrá sentido al revés».¹⁰ Pablo lo expresó de esta manera: «porque por fe andamos, no por vista» (2ª Corintios 5.7).

Aquí hay una lección más del libro: si nos ponemos a disposición de Dios, Este puede obrar por medio de nosotros. Al igual que Ester, cada uno de nosotros debe reflexionar sobre la pregunta: «¿Será posible que Dios me haya colocado donde estoy “para esta hora”?». ¿Por qué Dios le ha puesto a usted en este lugar específico en este momento específico? ¿Tiene Él algo especial que quiere que usted haga? ¿Está usted donde está «para esta hora»?

⁹ Swindoll, 1.

¹⁰ Philip Yancey, *Disappointment with God (Decepción con Dios)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1988), 201.



¿Cuál es su precio por servirle a Dios?

(Job)

El libro de Job puede estudiarse en muchos niveles. Es un libro extremadamente antiguo que presenta costumbres extrañas. Tiene cosas fascinantes que decir sobre la naturaleza. Probablemente fue el primer libro que luchó con un problema que todavía nos atormenta: ¿Por qué le pasan cosas malas a gente buena? También es una ilustración clásica del concepto bíblico de la paciencia (Santiago 5.11).

Todos estos serían buenos temas para analizar; sin embargo, el presente estudio explorará el libro en dos niveles más profundos que se relacionan con nuestras vidas, nos demos cuenta o no. ¡La presente lección requerirá un pensamiento profundo!

UNA MIRADA AL FUNCIONAMIENTO DEL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

Job no nos dice todo sobre el funcionamiento del mundo de los espíritus, pero nos da una idea. Las primeras escenas del libro nos ayudan a ver que lo que sucede en el cielo afecta lo que sucede en la tierra. Podríamos pensar en ello como lo que está sucediendo «arriba» y «abajo».

Un relato fascinante

El libro da inicio abajo, en la tierra. Leemos: «Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (1.1). No sé si este Job, como el individuo del viejo proverbio, se iba «temprano a la cama y temprano por la mañana»; pero era «sano, rico y sabio». Se da a entender que gozaba de buena salud antes de que fuera afligido con sarna (2.4, 5, 7). Se nos dice que era rico, tenía grandes posesiones y una numerosa familia (1.2–4). Además, era bendecido con la clase de sabiduría que es importante (1.1, 5; vea Proverbios 9.10).

La escena luego cambia a arriba, en el cielo: «Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios [ángeles, podemos suponer]» (Job 1.6a). No sabemos cuál fue la ocasión, pero Satanás estaba entre los que se presentaron. El Señor le dijo a Satanás: «¿De dónde vienes?»; y él respondió: «De rodear la tierra y de andar por ella» (1.7). Entonces el Señor dijo: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (1.8). Podemos imaginar un tono sarcástico en la voz de Satanás cuando respondió, en efecto, «Por supuesto que te sirve. Después de todo, le diste todo lo que posiblemente deseaba, pero quítaselo todo y te maldecirá en tu misma cara» (vea 1.9–11). Entonces Dios le dio permiso a Satanás para que se lo llevara todo, pero con la restricción de que no podía tocar a Job (1.12).

El relato regresa abajo; y vemos que Job perdió, una tras otra, todas sus posesiones. Perdió sus bueyes, sus asnas, sus ovejas, sus camellos y sus criados. Luego vino el golpe más demoledor de todos, cuando perdió a todos sus hijos. ¿Cómo reaccionó Job? Su respuesta es probablemente el pasaje más conocido del libro:

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito (1.21).

Volviendo arriba, nuevamente vemos al Señor y Satanás debatiendo. Dios dijo: «mi siervo Job [...] todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa» (2.3). Satanás gruñó: «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia»

(2.4, 5). El Señor respondió: «He aquí, él está en tu mano» —añadiendo nuevamente una restricción: «... mas guarda su vida» (2.6).

Ahora volvemos abajo: Satanás le había quitado la riqueza a Job; ahora le quitó la salud. Él «hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza» (2.7). Cuando era niño, tuve varios abscesos¹; y recuerdo cuánto me dolieron. La idea de estar cubierto de abscesos de la cabeza a los pies es demasiado dolorosa incluso solo con contemplarla. Sin embargo, «en todo esto no pecó Job con sus labios» (2.10b). En lugar de eso, dijo: «¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?» (2.10a).

Entendimiento significativo extraído del relato

Entendimiento de Satanás y su obra. ¿Qué podemos aprender de estas escenas iniciales? Nos dan información sobre Satanás y su obra.

Primero, Satanás es real. No es producto de la imaginación del hombre; es una personalidad real.

En segundo lugar, Satanás está tratando de destruir al hombre, como lo demuestran sus esfuerzos por destruir a Job. Su declaración de que él vino «de rodear la tierra, y de andar por ella» (2.2) nos recuerda 1ª Pedro 5.8: «Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar».

Tercero, el poder de Satanás es limitado; no es Dios ni es omnipotente (todopoderoso); está limitado por Dios. No es omnipresente (estar en todas partes a la vez); tiene que viajar de un lugar a otro. No es omnisciente (saberlo todo); si lo supiera todo, habría sabido que la adversidad no haría que Job maldijera a Dios.

El hecho de que Satanás no es Dios (o un dios) es una verdad vital. Muchos subestiman las habilidades de Satanás o sobrestiman lo que puede hacer. Los que subestiman el poder de Satanás se vuelven vulnerables a sus artimañas diabólicas; pero los que lo sobreestiman están aterrorizados de él, y algunos incluso eligen adorarlo. Es poderoso; por lo tanto, tenemos que cuidarnos de permanecer cerca del Señor «para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros», y no debemos «[ignorar] sus artimañas» (2ª Corintios 2.11). Sin embargo, no es todopoderoso, por lo que no debemos permitirnos ser vencidos por el temor. Tenemos que recordar que si «[resistimos] al diablo», él «huirá de [nosotros]» (Santiago 4.7).

¹ N. del T.: La versión del autor (NASB) consigna «abscesos» en lugar de «sarna maligna».

Entendimiento del funcionamiento divino. Las escenas introductorias también nos dan una idea del funcionamiento divino. Tenemos que tener cuidado aquí porque estamos pasando a tierra santa, una esfera demasiado vasta y compleja para que nuestras mentes finitas la comprendan completamente. Primero, Dios *permitió* que Satanás hiciera lo que hizo. En ese sentido, se habla de Dios como responsable de lo que le sucedió a Job. En Job 42.11, encontramos una referencia a «todo aquel mal que *Jehová* había traído sobre él [Job]» (énfasis agregado).

Dado que ese es el caso, llegamos a una conclusión que nos invita a la reflexión: Dios y Satanás estaban obrando en el mismo evento. Sin embargo, sería incorrecto decir que estaban cooperando, porque sus propósitos eran tan diferentes como lo es la noche del día. Es obvio que Satanás quería destruir a Job. Lo que podría no ser tan obvio es que Dios permitió que Satanás hiciera lo que quisiera para Él beneficiar a Job.

El propósito del sufrimiento de Job no fue resolver un debate entre Dios y Satanás; más bien, desde el punto de vista de Dios, era para hacer de Job una mejor persona. El propósito de Dios parece haber sido ayudar a Job a superar un defecto básico de carácter: el problema del orgullo. El libro comienza señalando que Job era una persona justa. Sin embargo, a medida que avanza el libro y Job responde a la acusación de sus amigos de que se tenía que ser malo para tener tantos problemas, es obvio que Job se consideraba justo. En 32.2, leemos que Eliú (el orador de transición) habló «por cuanto [Job] se justificaba a sí mismo más que a Dios» (vea 33.17). Cuando Dios finalmente le respondió a Job, le preguntó cómo manejaría el problema de la persona orgullosa (40.11–13). Al final del libro, el corazón de Job se conmovió y dijo:

Mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
Y me arrepiento en polvo y ceniza (42.5b, 6).

Esta no es la última vez en la Biblia que vemos a Dios y Satanás activos en el mismo evento, cada uno con un objetivo diferente. Consideremos la crucifixión de Cristo, por ejemplo: Satanás estaba obrando en ese evento para tratar de destruir a Jesús, mientras que el propósito de Dios era lograr la salvación de las almas. A medida que leemos acerca de cómo Dios trató con Job, podríamos recordar otro momento en que Dios y Satanás actuaron en el mismo evento, con Satanás tratan-

do de destruir, pero Dios intentando edificar. En 2ª Corintios 12, como en el caso de Job, Dios usó el *sufrimiento* para combatir el problema del *orgullo*, esta vez en la vida de Pablo. El apóstol escribió: «me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee...» (12.7a). Satanás estaba obrando con el propósito de atormentar a Pablo. Sin embargo, Dios también estaba obrando. ¿Por qué permitió Dios que Satanás irritara a Pablo con un aguijón en la carne? Pablo dijo que era «para que no me enaltezca sobremanera» (12.7b) —¡para evitar que se llenara de orgullo! El apóstol luego concluyó diciendo: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo» (12.9). Hizo a Pablo mejor y más fuerte.

Cuando llega el problema, debemos entender que no viene directamente de Dios. Las personas a veces se refieren a «actos de Dios», pero a menudo pueden ser actos de Satanás. ¡También necesitamos entender que Dios puede usar nuestras dificultades para hacernos mejores personas! ¡Que Dios nos ayude a tener mejores actitudes frente a los problemas de nuestras vidas!

LA PREGUNTA DE POR QUÉ SERVIMOS A DIOS

¿Qué de Job?

En el intercambio entre Dios y Satanás, surge un tema, uno que subyace a todos los demás temas del libro: «¿*Servirán las personas a Dios sin motivos egoístas?*». Satanás insistió en que la única razón por la que Job servía a Dios fue porque Dios lo bendijo. «Quita esas bendiciones», insistió, «y Job te maldecirá en tu misma cara». El diablo estaba convencido de que «todo hombre tiene su precio» cuando se trata de servir a Dios. Pensó que la mayoría de las personas (si no todas) sirven a Dios por lo que pueden obtener de ello. Además, Satanás estaba convencido de que si las personas dejaban de recibir esas bendiciones, le darían la espalda al Señor.

Los supuestos «amigos» de Job no lo habrían expresado de esa manera, sin embargo, es obvio que creían que la justicia es bendecida con beneficios materiales: salud y riqueza. Su premisa básica era que *vale la pena* servirle a Dios. Es obvio que Job había sido instruido en la misma filosofía. Inicialmente, expresó una actitud maravillosa (Job 1.21, 22; 2.10); pero, al poco tiempo, comenzó a preguntarse por qué había sido señalado para

tanta miseria. Había sido justo; pero en lugar de «pagarle» con cosas buenas, Dios estaba «pagándole» con miseria. «¡Eso no es justo!», pensó.

¿Qué de nosotros?

La influencia de Satanás todavía puede verse hoy en «el evangelio de la salud y la prosperidad» que inunda los medios religiosos: el mensaje es «Sirva a Dios (y envíele al evangelista de la televisión una contribución generosa), y tendrás garantizada buena salud y prosperidad».

Sin embargo, en lugar de señalar con el dedo, examinemos nuestros propios motivos para servirle al Señor. Es fácil caer en la misma trampa que estos televangelistas en nuestro pensamiento. «Sirvan a Dios y hagan Su voluntad», decimos, «y tendrán vidas felices, matrimonios y hogares maravillosos, y seguridad económica». Jamás dudemos que la vida cristiana *es* la mejor vida que se puede tener. De hecho, trae felicidad, satisfacción y paz que el mundo no puede dar. Una vida piadosa puede mejorar nuestros matrimonios y todas las demás relaciones, y los donantes generosos a menudo son bendecidos materialmente. Sin embargo, si es lo más lejos que hemos llegado en nuestro pensamiento, nuestras mentes están abiertas de par en par para que el diablo plante dudas allí. ¿Qué pasa si ocurre una tragedia y somos desposeídos de todo lo que apreciamos? ¿Seguiremos sirviéndole?

No debemos servir a Dios por lo que podamos obtener al hacerlo, sino porque es lo *correcto*. A Job le tomó mucho tiempo darse cuenta de esto: cuarenta y un capítulos, para ser exactos. Finalmente, le dijo a Dios:

Yo conozco que todo lo puedes,
Y que no hay pensamiento que se esconda de ti.
[...]
Mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
Y me arrepiento en polvo y ceniza (42.2–6).

En otras palabras, estaba diciendo: «Ahora veo que tú eres Dios Todopoderoso y que yo no soy nada. Por lo tanto, me humillo ante ti como el Señor del Universo».

Dios nos ha dado muchas razones para servirle. Ya que Él ha mostrado Su amor, debemos responder con amorosa obediencia (1ª Juan 4.19; 5.3). Incluso cuando nos sucedan cosas terribles, podemos tener fe en que Dios eventualmente hará que salga algo bueno de ello (Romanos 8.28).

¿Tenemos un precio por servirle a Dios? Es una pregunta que vale la pena hacerse.

CONCLUSIÓN

El libro de Job es un libro fascinante que merece una mirada más cercana por parte de todos nosotros. A medida que cerramos esta lección, concentrémonos en un pensamiento importante: Pase lo que pase en nuestras vidas, somos especiales para Dios. Confiemos en Él y volvámonos a Él.

Mientras trabajaba en esta lección, mi esposa, Jo, me preguntó: «¿Se puede predicar el evangelio y enseñar sobre Job?» ¡Claro que sí! Job trata del sufrimiento. Dios puede compadecerse de nuestro sufrimiento porque Él conoce el sufrimiento. Vio a Su Hijo morir en una cruz. Cristo puede compadecerse de nuestro sufrimiento porque fue Él al que clavaron en esa cruz. Incluso cuando no entendemos por qué nos suceden cosas malas, podemos estar seguros del cuidado de Dios por nosotros y responder con amor a nuestro Padre y a Su Hijo.

(Viene de la página 5)

primero el reino de Dios y Su justicia (Mateo 6.33).

UN PUEBLO PREPARADO ESPIRITUALMENTE PARA RECIBIR LAS BENDICIONES DE DIOS

Eso nos lleva al tercer y último segmento de nuestro texto. Dios dijo que si Su pueblo, sobre el cual Su nombre es invocado, se humilla y ora, y busca Su rostro y se vuelve de sus malos caminos, Él «oír desde los cielos, perdonará sus pecados y sanará su tierra». Finalmente, para tener un avivamiento, necesitamos ser un pueblo espiritualmente preparado para *recibir las bendiciones de Dios*:

La bendición de Dios escuchando nuestras peticiones: «entonces yo oír desde los cielos». ¡Qué bendito pensamiento!

La bendición del perdón de Dios: Él «[perdonará] sus pecados». ¡Oh, cuánto necesitamos Su perdón!

La bendición de la sanidad de Dios: «Y [sanará] su tierra». En el Antiguo Testamento, el énfasis estaba en la sanidad física. En el Nuevo Testamento, el énfasis está en la sanidad espiritual.

CONCLUSIÓN

En Salmos 85.6, encontramos el siguiente pedido a Dios:

¿No volverás a darnos vida,
Para que tu pueblo se regocije en ti?

Oremos todos diciendo: «Señor, avivanos nuevamente, y comienza *conmigo*».

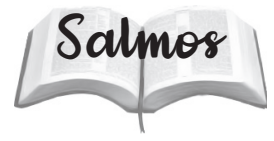
(Viene de la página 10)

En Cristo, «somos colaboradores de Dios» (1ª Corintios 3.9). Somos obreros con Dios y obreros unos con otros. Somos uno en Cristo. Todos hemos sido salvos por Su sangre. Todos hemos sido redimidos por la gracia de Dios. Todos somos parte de la misma familia, parte del mismo cuerpo. ¡Tenemos una causa común y todos los motivos para estar unidos en el servicio! Debemos estar unidos en el servicio al Señor y a los demás, unidos para llevar a otros a Cristo y unidos en la preocupación por la congregación y todos sus miembros. ¡Como pueblo de Dios, debemos estar unidos en corazón, alma, mente y cuerpo!

En Efesios 4.16, Pablo dijo: «... todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor». El crecimiento es el resultado inevitable de «la actividad propia de cada miembro». Si estamos unidos para trabajar juntos, cada uno haciendo lo que puede, ¡se producirá un crecimiento tanto espiritual como numérico!

CONCLUSIÓN

Se ha dicho que hay tres tipos de personas: las que hacen que las cosas sucedan, las que ven las cosas suceder y las que ni siquiera se dan cuenta de que algo ha sucedido. Necesitamos ser personas que, con la ayuda de Dios, hagan que las cosas sucedan. Ser ese tipo de personas requiere preparación, entusiasmo y oración. Ser ese tipo de personas dará como resultado progreso, eficiencia y poder. ¡Que Dios nos ayude a ser un pueblo trabajador, dedicado y unido para que Él pueda trabajar por medio de nosotros en la edificación de la congregación local!



La gloria de Dios (Salmos 19)

C. S. Lewis dijo de Salmos 19, «Considero que este es el poema más grande del libro de Salmos y una de las letras más grandiosas del mundo».¹ El salmo tiene tres divisiones obvias: el sol, la luna y las estrellas (19.1–6); la Ley (19.7–11); y la respuesta de David a medida que los considera (19.12–14). John Stott etiquetó los tres segmentos de la siguiente manera: «Dios se ha dado a conocer a toda la humanidad como Creador (versículos 1–6), a Israel como Legislador (versículos 7–10) y al individuo como Redentor (versículos 11–14)».²

Nuestro enfoque en la presente lección se centrará en la frase «la gloria de Dios», que se encuentra en 19.1, a saber: «La gloria de Dios como se evidencia en el mundo, como se evidencia en la Palabra, y como se evidencia en el adorador». Eddie Cloer lo expresó como la gloria de Dios *reflejada* en el mundo, *revelada* en la Palabra y *recibida* por el adorador.³

LA GLORIA DE DIOS COMO SE EVIDENCIA EN EL MUNDO (19.1–6)

Comenzamos con «la gloria de Dios como se evidencia en el mundo». Si tuviéramos que nombrar partes de la creación que reflejan la gloria de Dios, podrían mencionarse muchas cosas. David⁴ eligió los cielos. Podemos imaginarnos a David como un pastorcillo, cuidando sus ovejas por la noche

¹ C. S. Lewis, *Reflections on the Psalms (Reflexiones sobre los Salmos)* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1958), 63.

² John Stott, *Favorite Psalms (Salmos favoritos)* (Chicago: Moody Press, 1988), 21.

³ Adaptación de Eddie Cloer, *Psalms 1–50 (Salmos 1–50)*, Truth for Today Commentary (Comentario de La Verdad para Hoy) (Searcy, Ark.: Resource Publications, 2004), 245. En lugar de «adorador», Cloer usó «siervo».

⁴ Según la nota introductoria antes del salmo, David escribió el salmo.

y mirando las estrellas. Cuando yo era niño, a menudo dormía afuera por la noche durante el verano. Me encantaba mirar el cielo iluminado por las estrellas: la oscura nebulosa llena de miles de luces titilantes.

Nuestro texto comienza diciendo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios» (19.1a). En este texto, «cielos» se refiere a donde están el sol, la luna y las estrellas. La palabra «Dios» proviene de «El», que es la abreviatura de «Elohim», el nombre de Dios asociado con *poder*. «Y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (19.1b). «Firmamento» se refiere a «desde allá hasta aquí».⁵ Pablo le dijo a la gente de Listra que Dios «no se dejó a sí mismo sin testimonio» (Hechos 14.17).

Este testimonio de los cielos es *continuo* y *abundante*: «Un día emite [“brota”] palabra a otro día» (19.2a).⁶ Esto es cierto durante el día, y es cierto durante la noche.

Y una noche a otra noche declara sabiduría.
No hay lenguaje, ni palabras,
Ni es oída su voz (19.2b, 3).

La anterior es una traducción literal del texto hebreo, que indica que los cielos glorifican a Dios sin palabras audibles. (Muchos traductores han insertado «donde», haciendo que este versículo diga lo que dice el versículo siguiente; vea la KJV; NIV.)

El testimonio de los cielos también es *universal*: «Por toda la tierra salió su voz» (19.4a). Otras

⁵ Mientras esté predicando o enseñando, use sus brazos y manos para indicar una gran distancia en una dirección y luego una gran distancia en la otra dirección.

⁶ La poesía hebrea no es poesía con rima; utiliza el paralelismo. Hay muchos tipos diferentes de paralelismo. Las dos primeras líneas de Salmos 19 son paralelismo *progresivo*.

versiones consignan «línea», en lugar de «voz». La palabra hebrea indica un cordel de medir, así que tal vez la idea es que su mensaje llega por toda la tierra como el cordel de un sastre atraviesa un trozo de tela. Otra posibilidad es que se trate de un paralelismo de sinónimos, lo que haría que «línea» fuera equivalente a «palabras». La Reina-Valera es fiel a la Septuaginta traduciendo como «voz» en lugar de «línea». Cuando Pablo se refirió a este versículo en Romanos 10.18, citó de la Septuaginta (LXX): «Por toda la tierra ha salido la voz de ellos, y hasta los fines de la tierra sus palabras» (énfasis agregado).⁷

«Y hasta el extremo de la tierra [llegan] sus palabras» (Salmos 19.4b). Dondequiera que vivamos en la tierra, podemos ver las estrellas. Todavía recuerdo mirar las estrellas por primera vez en Australia, buscando automáticamente agrupaciones familiares como la Osa Mayor con la Estrella Polar. Me tomó varios momentos recordar que estaba en el hemisferio sur, viendo agrupaciones como la Cruz del Sur. Muchas de las estrellas no me eran familiares, pero seguían presentes con sus «palabras».

¿Qué palabras están expresando las estrellas? Se han dado respuestas extremas a esta pregunta. Los incrédulos insisten: «No dicen nada. Después de todo, son simplemente el resultado de una explosión cósmica». Algunos que creen en los horóscopos dicen: «Están diciendo todo. Nos están diciendo cómo vivir y qué nos va a pasar». Seguramente, la mejor sugerencia es que están diciendo: «La mano que nos hizo es divina».⁸ Pablo les dijo a los romanos:

Porque las cosas invisibles de él [Dios], su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas [como las estrellas], de modo que [las personas] no tienen excusa (Romanos 1.20; énfasis agregado).

En Salmos 19.4, David pasó de las estrellas en general a la que es más impresionante a simple vista: el espléndido sol, a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia, tan grande que un millón de Tierras podrían caber en él, y colocado

⁷ Pablo hizo una aplicación en el Nuevo Testamento de lenguaje antiguotestamentario para referirse a la difusión del evangelio.

⁸ Joseph Addison, «The Spacious Firmament on High» («El espacioso firmamento en lo alto»), *Songs of Faith and Praise (Cantos de fe y esperanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

con precisión para que la vida en la tierra sea posible. «En ellos [los cielos] puso [“sembró”; NIV] tabernáculo para el sol» (19.4c). Muchos no judíos adoraban al sol (vea Deuteronomio 4.19; 17.3; 2º Reyes 23.5, 11; Jeremías 8.2; Ezequiel 8.16). Pensaban en el sol como el poder más grande, del cual fluían todos los demás poderes. David, sin embargo, notó que detrás de la creación está *el Creador*: «... puso tabernáculo —hizo un lugar para— el sol».

Para representar cuán magnífico es el sol, David usó dos analogías. Primero dijo que es «como esposo que sale de su tálamo» (Salmos 19.5a). Esto podría referirse al esposo que sale de su cámara con su espléndido atuendo para reclamar a su novia, o podría referirse al esposo que sale de su cámara de luna de miel, con el rostro encendido. Luego dijo que el sol «se alegra cual gigante para correr el camino» (19.5b), lo que probablemente sea una referencia a un atleta confiado, ansioso por correr su carrera.⁹

El versículo 6 completa las reflexiones de David sobre el sol:

De un extremo de los cielos es su salida,
Y su curso hasta el término de ellos;
Y nada hay que se esconda de su calor.

El lenguaje es preciso aquí. David no dijo que nada hay que se esconda de la luz. Hay lugares en la tierra donde no se ve la luz del sol (como las Cavernas de Carlsbad); sin embargo, aun cuando no seamos conscientes de ello, su calor está haciendo posible la vida en todas partes.

¡David escribió que las estrellas por la noche y el sol durante el día están declarando la gloria de Dios! Hugo McCord dio una vez una conferencia en la Universidad de Harding sobre cosas que podemos saber acerca de Dios mediante el razonamiento humano, incluso sin la Biblia.¹⁰ Enumeró las siguientes verdades acerca de Dios: «Es un Creador»; «Es Sobrehumano»; «Tiene gran poder»; «Es ordenado»; «Es Uno»; «Dios es bueno»; «Ama la belleza»; y «Es moral».¹¹

⁹ Algunos prefieren la analogía de un guerrero heroico que marcha confiado a la batalla.

¹⁰ Carl Hugo McCord, “The God I Worship,” *Harding University Lectures* (1964): 18–20.

¹¹ Si usa esta lección en una clase, podría introducir una pregunta de análisis en este punto. David usó los cielos para hablar de la gloria de Dios. Puede preguntarles a sus alumnos: «¿Qué parte de la creación física elegirían?». Las respuestas pueden incluir la sonrisa de un bebé, una puesta de sol, un arcoíris o una tormenta.

LA GLORIA DE DIOS COMO SE EVIDENCIA EN LA PALABRA (19.7–11)

Los pensamientos de David luego se dirigieron a la *Palabra* de Dios. Podemos aprender mucho de la creación acerca de Dios, pero hay mucho que no nos dice. Ninguna revelación moral, ética o salvadora del alma está incluida en la creación. Necesitamos la Biblia.

Paralelismo

En Salmos 19.7–11, tenemos un tributo a la Palabra de Dios. La sección utiliza el paralelismo extendido. Podría considerarse como una abreviatura de Salmos 119. Salmos 119 tiene ocho términos para la Palabra; este salmo tiene seis.

Después de leer 19.7–9, pensemos en el arreglo. Cada versículo comienza con una *designación* de la Palabra. (Varían según las traducciones.) Posteriormente tenemos una *descripción* de la Palabra. Luego, cada versículo cierra con un *diseño* (propósito) de la Palabra (incluyendo lo que logra y su naturaleza).

Primero están las *designaciones* de la Palabra: «la ley de Jehová» (19.7a), «el testimonio de Jehová» (19.7b), «los mandamientos de Jehová» (19.8a), «el precepto de Jehová» (19.8b), «el temor de Jehová» (19.9a), y «los juicios de Jehová» (19.9b). A continuación están las *descripciones*: La Palabra es «perfecta» (19.7a), «fiel» (19.7b), rectos (19.8a), «puro» (19.8b), «limpio» (19.9a), y «verdad» (19.9b). Finalmente, tenemos el *desigño* de la Palabra: Convierte el alma (19.7a), hace sabio al sencillo (19.7b), alegra el corazón (19.8a), alumbra los ojos (19.8b), permanece para siempre (19.9a), y es toda justa (19.9b).

Echemos un breve vistazo a cada línea. La primera parte de 19.7 dice: «La ley de Jehová es perfecta». Cumple el propósito de Dios. En esta sección, se usa una designación diferente para Dios, que se traduce como «Jehová» en la Reina-Valera (y a veces se traduce como «Yahvé» o «Señor»). Cuando David habló de la creación, se refirió al Dios de poder. Al hablar de la Palabra, usó el *nombre de pacto* de Dios. Debido a Su amor, Su ley es perfecta, «convierte el alma», lo que puede referirse a traer un alma de regreso a Dios o simplemente refrescar un alma atribulada. De cualquier manera, la Palabra de Dios puede hacer eso.

«El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo» (19.7b). «El sencillo» no se refiere al ingenuo, sino al individuo sin pretensiones y de mente humilde que está dispuesto a que se le

enseñe.

«Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón» (19.8a). Algunas personas no están de acuerdo. Ven la Palabra de Dios como una restricción opresiva y onerosa de la libertad personal. La verdad es que obedecer la Palabra *alegra* el corazón. Rendirse a Dios y hacer Su voluntad bendice la vida de una persona aquí en la tierra y más allá, en el cielo.

«El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos» (19.8b). Estos son los «ojos» del alma/corazón/mente, en otras palabras, el entendimiento. Nos referimos a estos «ojos» cuando decimos: «Oh, ahora veo».

La siguiente línea podría desconcertarnos: «El temor de Jehová es limpio,¹² que permanece para siempre» (19.9a). La palabra «temor» en este contexto se refiere a una profunda reverencia y respeto por Dios. Es necesario honrar a Dios y ordenar nuestra vida de acuerdo a Su voluntad por reverencia a Él. La palabra «temor» no parece ser sinónimo de «ley», «testimonio», «precepto» y «mandamientos»; sin embargo, como esto es paralelismo, tiene que ser otra manera de referirse a la Palabra. Podríamos pensar que esta descripción quiere decir «la Palabra que produce reverencia». La Palabra inspiradora y motivadora perdurará para siempre.

David cerró este segmento con las siguientes palabras: «Los juicios de Jehová son verdad, todos justos» (19.9b); lo cual constituye un lenguaje legal. La NIV consigna «ordenanzas». Los decretos de Dios son total y completamente justos: correctos en sí mismos, producen justicia en aquellos que los obedecen.

Alabanza

Mientras David continuaba alabando la Palabra de Dios, recurrió a dos cosas apreciadas en el mundo antiguo. Primero, en el mundo monetario, el oro siempre ha sido la mercancía más valiosa. «[Los juicios de Dios] deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado¹³» (19.10a). David luego se refirió a algo preciado en el mundo de la dieta: «Y dulces más que miel, y que la que destila¹⁴ del panal» (19.10b). La miel que destila del panal (sin que se presione el panal) es la miel

¹² La palabra «limpio» quiere decir básicamente lo mismo que «puro» en la oración anterior.

¹³ Algunos manuscritos tienen «o piedras preciosas».

¹⁴ La frase «la que destila» fue agregada por los traductores.

más pura. La miel es un deleite no solo para el paladar, sino también para los sentidos. «Aclara los ojos» (vea 1° Samuel 14.27, 29). Sin embargo, la Palabra de Dios era más preciosa para David que el oro o la miel.

David luego habló de dos grandes bendiciones de la Palabra, la espada de dos filos. Primero dijo: «Tu sierva es además advertido con ellos [las palabras de Dios]» (Salmos 19.11a). Necesitamos advertencias. No nos complacería vivir en un mundo sin nada más que advertencias, pero las necesitamos para mantenernos a salvo. Sin embargo, la Palabra no solo habla en negativo, diciendo: «No hagas esto» y «No hagas aquello». También está llena de consuelo y aliento. Por lo tanto, David agregó: «En guardarlos [los mandamientos de Dios] hay grande galardón» (19.11b). Dios nos bendecirá si obedecemos Su Palabra. Algunos se oponen a la idea de hacer la voluntad de Dios para ser recompensados, sin embargo, Jesús mismo dijo: «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mateo 5.12).

Estas palabras fueron escritas sobre *el Antiguo Testamento*. En vista de que tenemos *el Nuevo Testamento* hoy, ¡cuánto mayor debe ser nuestro regocijo!

LA GLORIA DE DIOS COMO LA VE EL ADORADOR (19.12–14)

Mientras David consideraba el mundo y la Palabra, ¿qué efecto tuvieron sus pensamientos en él? Podríamos imaginar a David con los brazos extendidos, los ojos al cielo y la Palabra en su regazo. ¿Cuál fue su reacción? ¿Cómo respondió?

Una súplica

Su respuesta básicamente fue: «Mientras considero Tus cielos y Tu revelación, me doy cuenta de mi *pecaminosidad*. ¡Ayúdame, Señor, ayúdame!». Mi hermano, Coy, señaló que «el hombre, lo más sublime de la creación de Dios, es también el único en la creación de Dios que es libre para desobedecer y rebelarse contra Dios».¹⁵

Esta sección comienza con las palabras que dicen: «¿Quién podrá entender sus propios errores?» (19.12a). Es una pregunta retórica con una respuesta entendida: «Nadie». Nuestras conciencias podrían

¹⁵ Coy Roper, «Three Wonders of the Modern World» («Las tres maravillas del mundo moderno»), sermón predicado en la iglesia de Cristo de Luna Lane, Hendersonville, Tennessee, 9 de julio de 1989.

informarnos de algunos de nuestros errores, pero todos tenemos puntos ciegos.

David entonces comenzó a hablar con Dios. El mundo de Dios y la Palabra de Dios deben hacer que nos volvamos a Dios mismo. Él dijo: «Líbrame de los que me son ocultos» (19.12b). No estaban «ocultos» en el sentido de un esfuerzo deliberado para esconderlos de los demás. Más bien, eran pecados que el mismo David no sabía que había cometido.

David luego dijo: «Preserva también a tu siervo de las soberbias» (19.13a). La Biblia hace una distinción entre pecados deliberados (voluntarios) y pecados involuntarios (vea Números 15.27–36; Hebreos 10.26–31). Las «soberbias» son pecados deliberados, pecados cometidos «con mano alta».¹⁶ La NIV consigna «pecados intencionales». David agregó: «Que no se enseñoreen de mí» (Salmos 19.13b). Si no nos arrepentimos de tales pecados, seremos esclavos de las soberbias, ¡y estaremos condenados!

Luego, David declaró que si Dios lo absolvía de las faltas ocultas y lo apartara de los pecados presuntuosos, entonces él sería «íntegro» (19.13c). «Íntegro» no quiere decir «perfecto», sino más bien que ningún cargo podría ser presentado contra él y sostenido con éxito. Sería «íntegro» porque sería absuelto (considerado justo por la misericordia y la gracia de Dios): «... y seré [...] limpio de gran rebelión» (19.13d).

En esa última declaración, la KJV consigna «la gran transgresión», haciendo que las personas especularan sobre cuál era «la gran transgresión» (por ejemplo, el pecado contra el Espíritu Santo; vea Marcos 3.28, 29). Sin embargo, no hay artículo definido en el texto hebreo. David simplemente estaba diciendo que si nos arrepentimos y nos volvemos al Señor, incluso si somos culpables de una *gran* transgresión, Él nos absolverá. Un antiguo proverbio árabe dice: «Ningún pecado en el que se persiste es pequeño, [y] ningún pecado [es] grande por el cual se busca el perdón de Dios».¹⁷

Una oración

David cerró con una oración de la que se han
(Continúa en la página 31)

¹⁶ Esta expresión se usa en Números 15.30 en la ASV; ESV; y NRSV.

¹⁷ Franz Delitzsch, *Biblical Commentary on the Old Testament: Psalms* (Comentario bíblico sobre el Antiguo Testamento: Salmos), vol. 1 (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., s.f.), 288n.



El huerto descuidado¹

(Proverbios 24.30-34)

El libro de Proverbios abunda en consejos prácticos sobre una multitud de temas. Uno de mis proverbios favoritos es acerca de las personas que alzan su voz cuando primero me despierto: «El que bendice a su amigo en alta voz, madrugando de mañana, Por maldición se le contará» (Proverbios 27.14). Prevalecen los proverbios sobre la lengua, y la sección sobre la mujer virtuosa (31.10-31) es la favorita de muchos. Un pasaje muy necesario hoy en día se encuentra en 23.29-32, acerca de los efectos nocivos de complacerse en las bebidas alcohólicas. En esta lección, sin embargo, nos centraremos en la importancia de la diligencia y el trabajo arduo.

La mano negligente empobrece;
Mas la mano de los diligentes enriquece (10.4).

En toda labor hay fruto,
Mas las vanas palabras de los labios empobrecen (14.23).

Una característica de la mujer virtuosa es que es una trabajadora diligente: Ella «con voluntad trabaja con sus manos», y «su lámpara no se apaga de noche» (31.13, 18). El enfoque más común en Proverbios con respecto a este tema es la condenación de *la pereza* (20.4; 22.13; 26.14). He aquí un ejemplo:

Ve a la hormiga, oh perezoso,
Mira sus caminos, y sé sabio;
La cual no teniendo capitán,
Ni gobernador, ni señor,

¹ Para esta lección se obtuvo material de Clovis G. Chappell, *The Village Tragedy and Other Sermons (La tragedia del pueblo y otros sermones)* (New York: Abingdon Press, 1925), 158-68; George W. Bailey, «The Neglected Garden» («El huerto descuidado»), en *The Preacher's Periodical 3 (La revista del predicador 3)* (Agosto de 1982): 15-16; y otras fuentes.

Prepara en el verano su comida,
Y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.
Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir?
¿Cuándo te levantarás de tu sueño?
Un poco de sueño, un poco de dormir,
Y cruzar por un poco las manos para reposo;
Así vendrá tu necesidad como caminante,
Y tu pobreza como hombre armado (6.6-11).

El texto para nuestra lección es un pasaje sobre la pereza que incluye algo del mismo lenguaje:

Pasé junto al campo del hombre perezoso,
Y junto a la viña del hombre falto de entendimiento;
Y he aquí que por toda ella habían crecido los espinos,
Ortigas habían ya cubierto su faz,
Y su cerca de piedra estaba ya destruida.
Miré, y lo puse en mi corazón;
Lo vi, y tomé consejo.
Un poco de sueño, cabeceando otro poco,
Poniendo mano sobre mano otro poco para dormir;
Así vendrá como caminante tu necesidad,
Y tu pobreza como hombre armado (24.30-34).

Estos versículos tienen lecciones valiosas que siguen siendo necesarias hoy. Dedicemos, pues, unos momentos a reflexionar sobre «el huerto descuidado». Como el escritor, miremos y recibamos instrucción nosotros también.

EL MARAVILLOSO POTENCIAL

Comencemos con el potencial maravilloso. El dueño del campo tenía el potencial para una excelente cosecha, entonces, ¿por qué fracasó?

Factores inexistentes relacionados con el fracaso

No fracasó porque no tenía huerto en el cual

trabajar. Su fracaso no fue por falta de suelo, sino por falta de trabajo. De la misma manera, usted y yo no fracasamos porque Dios no nos haya dado oportunidades. A cada uno de nosotros, en cierto sentido, se le ha dado un huerto y Dios espera que lo cuidemos. Algunos huertos son más pequeños y otros más grandes, pero todos son importantes. El huerto que Dios le dio a Helen Keller² era pequeño, pero ella logró grandes cosas porque no lo descuidó.

Además, el hombre no fracasó porque la tierra no era buena. El suelo en el que crecerán malas hierbas producirá también flores y vegetales. Su fracaso no fue la falta de facilidad, sino la falta de utilidad. Dentro de cada uno de nosotros está el potencial para el bien o el mal.

Además, la falta de éxito del hombre no se debió a que Dios no envió la lluvia y la luz del sol. Las malas hierbas necesitan lluvia y sol, al igual que las plantas buenas. En cuanto a nuestro propio potencial, Dios no nos falla; pero podemos fallarnos a nosotros mismos.

Además, el hombre no fracasó porque era imposible mantener alejados a los animales. Tenía un muro de piedra para mantener alejadas a las criaturas dañinas, pero había permitido que se derrumbara. Dios provee vallas con las cuales protegernos, incluyendo Su Palabra y compañeros cristianos fieles y amorosos; sin embargo, podemos ignorar estos muros o permitir que se derrumben.

Por qué fracasó

¿Por qué fracasó el hombre? No fracasó porque no *podiera* tener éxito, sino porque no lo *intentaría*. ¡El potencial estaba ahí! El problema no era con su suelo, sino con su alma. El problema no era del huerto, sino del labrador. No quería sudar, tener ampollas en las manos ni cansarse y ensuciarse.

Alguien ha dicho que Dios nos dio un mundo inacabado: ríos que necesitan sus puentes, ciudades que necesitan ser construidas, música que necesita ser cantada y potencial que necesita ser desarrollado. ¿Qué de nuestro potencial? ¿Qué estamos haciendo al respecto? El texto pide que nos examinemos a nosotros mismos. Si comenzamos en el pasado, ¿será posible que nuestras vallas se estén derrumbando aquí y allá? ¿Habrá pecados en nuestras vidas que no existían hace un año?

Dios nos ha dado a cada uno de nosotros potencial para el bien. Si fallamos, no podemos

² Helen Keller (1880–1968) era ciega y sorda, pero obtuvo un título universitario y se convirtió en conferencista pública.

culpar a Dios, a la sociedad, a nuestros padres o a la iglesia. Si no somos lo que deberíamos ser, solo podemos culparnos a nosotros mismos.

EL VERGONZOSO DESCUIDO

A continuación, tenemos que señalar el descuido vergonzoso. Había potencial para el bien, pero no preparación para el bien.

El potencial descuidado del hombre

El potencial estaba allí, pero el hombre *descuidó* ese potencial. Como resultado, no levantó ninguna cosecha; no hizo ninguna contribución positiva a la vida. Una vez más, es fácil hacer una aplicación personal. Puede que tengamos potencial —talento, educación, una gran personalidad— pero si somos demasiado perezosos para desarrollarlo, todo se desperdiciará.

Cuando vemos una pieza de maquinaria complicada por primera vez, podríamos preguntar: «¿Para qué sirve?». Si no hay una razón para su existencia en términos de servicio y utilidad, no tiene lugar en el mundo. De manera similar, el mundo nos mira y pregunta: «¿Para qué sirve él [o ella]?». Dios desea que contribuyamos de manera positiva a la vida.

El hombre no cosechó ningún cultivo, pero sí cosechó algo: cosechó espinos y ortigas que tenían que ser desmalezados. Les dificultó la vida a los demás. Además, se destruyó a sí mismo. El texto dice que era un hombre «falto de entendimiento». Alguien ha dicho: «Un hombre ocioso es un hombre muerto que no puede ser sepultado».

Nuestro potencial es descuidado

¿Qué de nuestro potencial? ¿Lo hemos descuidado? ¿Nos hemos convertido en individuos «faltos de entendimiento»? Dios espera que estemos ocupados, que trabajemos, que aprovechemos nuestras oportunidades y que desarrollemos nuestro potencial. Cuando Jesús tenía solo doce años, les dijo a José y a María que tenía que estar ocupado en los asuntos de su Padre (Lucas 2.49; vea la KJV). Pedro resumió la vida de Jesús, diciendo: «anduvo haciendo bienes» (Hechos 10.38). En Juan 9.4, Jesús desafió a Sus seguidores, diciendo: «Tenemos que hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (NASB).

Los pasajes de la Biblia sobre la importancia de la diligencia y el trabajo son muchos. «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo con todas tus fuerzas» (Eclesiastés 9.10). «Todo lo que

hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres» (Colosenses 3.23). «El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad» (Efesios 4.28). «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (2ª Tesalonicenses 3.10).

En la carta de Pablo a los gálatas, escribió: «... porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor» (Gálatas 5.6). Un poco más adelante dijo: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6.9). Le dijo a Timoteo: «Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos» (1ª Timoteo 6.18).

Con demasiada frecuencia, no obedecemos a Dios en estos asuntos debido a nuestra *negligencia*. Me vienen a la mente dos pasajes. Hebreos 2.3 pregunta: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?»; y en 1ª Timoteo 4.14, Pablo desafió a Timoteo diciéndole: «No descuides el don que hay en ti».

Anteriormente hicimos notar que, como resultado de la negligencia, el perezoso en nuestro texto 1) no logró ningún bien, 2) lastimó a otros y 3) se destruyó a sí mismo. La negligencia puede tener el mismo efecto en nosotros. 1) Puede impedirnos hacer lo que debemos hacer y ser lo que debemos ser. 2) Puede afectar negativamente a otros, a menudo a los que más amamos. 3) En última instancia, puede destruirnos a nosotros.

La negligencia ha sido llamada «la forma más fácil de perderse». No se tiene que *hacer* nada para perderse. No se tiene que trabajar ni sudar. No hay por qué preocuparse por lo que hay que hacer. No hay por qué ensuciarse las manos. Todo lo que se tiene que hacer es... nada.

EL TERRIBLE RESULTADO

El hombre perezoso

El terrible resultado se da en Proverbios 24.33,

34, a saber: «pobreza» y «necesidad». Debido a la pereza y la negligencia, este hombre fue un fracaso. Otro proverbio declara que «el sueño hará vestir vestidos rotos» (Proverbios 23.21). Una aplicación práctica se encuentra en Eclesiastés 10.18: «Por la pereza se cae la techumbre, y por la flojedad de las manos se llueve la casa».

¿Qué de nosotros?

La mayoría deseamos tener éxito, sin embargo, el éxito tiene un precio: requiere de mucho esfuerzo. La mayoría de los que fracasan no fracasan porque decidieran fracasar o porque quisieran fracasar, sino porque era más fácil hacer poco o nada, es decir, por *descuido*. Una pieza de maquinaria descuidada se desmoronará. Un matrimonio descuidado se derrumbará. Un niño abandonado romperá el corazón de sus padres. «Mas el muchacho consentido avergonzará a su madre» (Proverbios 29.15).

CONCLUSIÓN

Nuestro texto tiene aplicación para cada parte de nuestras vidas, para todo lo que hacemos que vale la pena hacer. Necesitamos preguntarnos si hemos descuidado a nuestras familias, si hemos descuidado nuestras responsabilidades y, sobre todo, si hemos descuidado nuestras almas.

Al terminar, apliquemos la enseñanza a la parte más importante de nuestras vidas: nuestra relación con Dios. Si descuidamos nuestras almas, si no somos diligentes en nuestro servicio al Señor, el resultado será desastroso. En una de las parábolas de Jesús, un amo condenó a uno de sus siervos con estas palabras: «Siervo malo y *negligente*» (Mateo 25.26; énfasis agregado). Pablo nos desafió a todos: «En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor» (Romanos 12.11).

Si hemos estado descuidando nuestras almas, no es demasiado tarde para volver al Señor en humilde penitencia, para ser perdonados y comenzar nuevamente. ¡Démosle gracias a Dios por Su misericordia y bondad!

El fin de todo el asunto (Eclesiastés)

Cuando estudié en el Abilene Christian College, escuché un discurso de graduación inusual. Posteriormente descubrí que el orador había citado un sermón clásico de T. B. Larimore sobre el libro de Eclesiastés.¹ Era un sermón sobre la búsqueda de la felicidad por parte de Salomón, un tema tan aplicable hoy como lo fue cuando yo era un joven y en los días de Salomón. Como dice el libro de Eclesiastés, «No hay nada nuevo debajo del sol» (1.9).

Tres temas son prominentes en el texto bíblico: «vanidad» (que quiere decir «vacío» o «nada»), «debajo del sol» y «Dios». El mensaje del libro es que si únicamente se considera lo que está «debajo del sol», lo que puede verse, sin mirar más allá del sol a Dios, todo es «vanidad», sin sentido.

El hermano Larimore describió el libro como un drama, con Salomón como el actor principal. Esta presentación hará lo mismo.

1^{ER} ACTO: LA BÚSQUEDA DE LA SABIDURÍA Y EL CONOCIMIENTO

Cuando se abre el telón, al lado izquierdo del escenario vemos la fuente de la sabiduría y el conocimiento. Está rodeada de hombres y mujeres empujándose entre sí para beber de sus maravillosas aguas. Muchas personas hoy esperan encontrar la realización en la búsqueda de la sabiduría y el conocimiento. Los padres se sacrifican para que sus hijos reciban una educación. A menudo se nos dice que «el conocimiento es poder».

Por supuesto, no hay nada de malo con la

¹ T. B. Larimore, «The Whole Duty of Man» («Todo el deber del hombre»), en *Letters and Sermons of T. B. Larimore* (*Cartas y sermones de T. B. Larimore*), vol. 1, ed. F. D. Srygley (Hollywood, Calif.: Old Paths Book Club, 1950), 17–33.

educación. Dios nos dio a cada uno de nosotros un cerebro y espera que lo usemos. Provengo de una familia de educadores, y tengo un profundo respeto por la educación. Sin embargo, ¿es este el camino para encontrar la plenitud y la verdadera felicidad en la vida?

Nuestra mirada ahora se dirige al lado derecho del escenario. Está Salomón, lúcido, alerta y concentrado. En 2^o Crónicas 1.7, Dios le dijo: «Pide lo que quieras que yo te dé». Salomón escogió la sabiduría y un corazón entendido para poder juzgar correctamente a sus súbditos (1.10). El Señor respondió: «sabiduría y ciencia te son dadas» (1.12).

Los logros de Salomón en el campo de la educación son impresionantes. Escribió tres mil proverbios y mil cinco cánticos y fue una autoridad en la naturaleza (1^o Reyes 4.32–34). Tenía una reputación internacional por su sabiduría (2^o Crónicas 9.23). Gobernantes y otros dignatarios venían de todo el mundo para maravillarse de su sabiduría. Después de que la reina de Saba visitó a Salomón, ella le dijo: «... yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído» (1^o Reyes 10.7).

Sin embargo, ¿le trajo esto felicidad a Salomón? Dejó registrado lo que hizo:

Y di mi corazón a inquirir y a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo... (Eclesiastés 1.13).

... He aquí yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén... (1.16).

Sin embargo, Salomón también dijo:

No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho

estudio es fatiga de la carne (12.12b).

Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor (1.18).

Al final, Salomón tuvo que enfrentarse al río de la muerte, como todos los demás. ¿Cuál fue su conclusión? «Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre; [...] también morirá el sabio como el necio. [...] Todo es vanidad y aflicción de espíritu» (2.16, 17).

Ahora volvemos nuestra atención a la izquierda, con la fuente de la sabiduría, y vemos que muchos de los que han bebido profundamente de sus aguas parecen decepcionados, incluso desilusionados. Ellos claman: «¿Es esto todo lo que hay en la vida?».

Baja el telón. Concluye el 1^{er} Acto.

Una vez más, debemos señalar que no hay nada de malo con la educación. Como buenos administradores de nuestras mentes, debemos hacer todo lo posible para utilizar este don de Dios. Necesitamos entender, sin embargo, que *sin Dios*, la educación es vacía, fútil. Pablo señaló:

Pues está escrito:

Destruiré la sabiduría de los sabios,
Y desecharé el entendimiento de los entendidos.

¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba?
¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? (1^a Corintios 1.19, 20).

Dios deseaba que supiéramos que la búsqueda de la sabiduría terrenal no es el camino a la felicidad.

2^{DO} ACTO: LA BÚSQUEDA DE LA OPULENCIA Y LAS RIQUEZAS

Cuando el telón se abre por segunda vez, al lado izquierdo del escenario vemos la alberca de la opulencia y las riquezas, con multitudes que luchan por bañarse en sus aguas. Hacen retroceder a otras personas mientras gritan: «¡Si podemos tener esto o aquello, seremos felices!».

La mayor parte del mundo está convencida de que el camino a la felicidad es tener dinero y las cosas que el dinero puede comprar. Crean que esta afirmación jocosa de Eclesiastés es cierta: «el dinero sirve para todo» (10.19).

Allado derecho del escenario, vemos a Salomón, ahora con sus vestiduras reales que brillan con oro y gemas preciosas. Dios le prometió: «sabiduría y ciencia te son dadas; y también te daré riquezas,

bienes y gloria, como nunca tuvieron los reyes que han sido antes de ti, ni tendrán los que vengan después de ti» (2^o Crónicas 1.12). Los informes bíblicos de sus riquezas asombran la mente.

El peso del oro que venía a Salomón cada año, era seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin lo que traían los mercaderes y negociantes; también todos los reyes de Arabia y los gobernadores de la tierra traían oro y plata a Salomón (2^o Crónicas 9.13, 14).

[El rey se sentó en] un gran trono de marfil, y lo cubrió de oro puro. [...] Toda la vajilla del rey Salomón era de oro, y toda la vajilla de la casa [era] de oro puro. En los días de Salomón la plata no era apreciada. [...] las naves de Tarsis, y traían oro, plata, marfil, monos y pavos reales (9.17–21).

Tuvo cuarenta mil caballos y doce mil jinetes (1^o Reyes 4.26), y le tomó trece años construir su magnífico palacio (1^o Reyes 7.1).

Nuevamente, preguntamos: ¿Le produjo esto felicidad? Leamos una vez más las palabras de Salomón:

Engrandecí mis obras, edifiqué para mí casas, planté para mí viñas; [...] tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. [...]

Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén (Eclesiastés 2.4–9).

Sus ojos no se saciaron de riquezas (4.8). Siempre deseó más.

Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por sus dueños para su mal (5.13).

¡Que insensato! Incluso un rey solo puede vivir en un palacio a la vez. Solo puede comer una comida a la vez. Solo puede dormir en una cama a la vez. T. B. Larimore dijo:

[Es] como si un hombre tuviera sed, y el Océano Pacífico fuera la mejor agua para beber, y él lo poseyera y lo tuviera cercado para que ningún pájaro, hombre o ratón pudiera beber de él. Podía beber sólo un poco a la vez, y todo el resto sería prácticamente sin valor para él.²

Al final, Salomón escribió: «Como [un hombre] salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como vino; [...] como vino, así haya

² *Ibíd.*, 26.

de volver» (5.15, 16).

¿Luego qué? Un hombre no puede llevar consigo sus riquezas; tiene que dejárselo todo a los demás. Salomón estaba tristemente consciente de esa realidad:

Asimismo aborrecí todo mi trabajo [...] el cual tendré que dejar a otro que vendrá después de mí. Y ¿quién sabe si será sabio o necio...? (2.18, 19a).

Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu... (2.11).

Una vez más, cambiamos nuestra atención a la izquierda, a la alberca de la opulencia y las riquezas. Si la opulencia y las riquezas pudieran traer felicidad, seguramente los más ricos serían los más felices; pero usted y yo sabemos que a menudo ocurre lo contrario. Pablo escribió:

Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores (1ª Timoteo 6.9, 10).

Como se ha señalado a menudo, Pablo no dijo «raíz de todos los males es el dinero», sino «... el amor al dinero». El dinero es solo un medio de intercambio; no es inherentemente bueno ni malo. Sin embargo, el amor al dinero, que hace de la acumulación de dinero la meta de la vida de una persona, es malo, muy malo. Se cierra el telón.

Se ha dicho que el dinero es un buen sirviente pero un amo tiránico. La opulencia y las riquezas no pueden comprar la felicidad. Dios desea que entendamos eso.

3^{ER} ACTO:

LA BÚSQUEDA DEL PODER Y EL PRESTIGIO

Cuando las cortinas se abren de nuevo, al lado izquierdo del escenario hay un río impetuoso y caudaloso: el río del poder y el prestigio. Muchas personas se reúnen en sus orillas, pisoteándose unos a otros para probar sus aguas, para ganar honor, o al menos notoriedad. Las personas se someterán a casi cualquier vergüenza o cometerá cualquier delito para alcanzar unos quince minutos de fama.

Al lado derecho del escenario está Salomón,

aún sentado en su trono de oro, pero con aspecto de mayor edad. En su reinado de cuarenta años, construyó edificios, ciudades e incluso una armada (1º Reyes 9.17–19, 26). Gobernó el mayor imperio de sus días. Se le podría haber comparado con Nabucodonosor, Alejandro Magno o los Césares. Su reino se extendía desde el Nilo hasta el Éufrates. Sin embargo, ¿le trajo felicidad?

Finalmente, Salomón se dio cuenta de que el poder, el prestigio y la popularidad duran solo un momento. Entonces la «memoria [del difunto] es puesta en olvido» (Eclesiastés 9.5). «Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre; pues en los días venideros ya todo será olvidado» (2.16).

Nuestro enfoque vuelve a la izquierda, donde continúa la lucha por el poder y el prestigio. ¿Fueron los más felices los que finalmente alcanzaron el poder? Al mirar más de cerca, vemos a Alejandro Magno llorando, a Aníbal suicidándose y a Julio César siendo matado por alguien a quien consideraba su amigo. Baja el telón.

No debemos malinterpretarlo. Dios desea que hagamos lo mejor que podamos en cualquier cosa que valga la pena hacer. «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas» (9.10). Si el resultado es el éxito, debemos agradecerle a Dios por ese éxito y usarlo para Su gloria. Al mismo tiempo, debemos reconocer que la felicidad no proviene de buscar el éxito. Dios desea que sepamos eso también.

4^{TO} ACTO:

LA BÚSQUEDA DEL ENTRETENIMIENTO Y LAS EMOCIONES

Cuando el telón se levanta por cuarta vez, nuestra atención es capturada por el torbellino de placer. Se arremolina cada vez más rápido mientras succiona a las personas. La risa estridente deriva de sus profundidades. Hoy día, se gastan cantidades obscenas de dinero en intentos por hacer felices a las personas. El objetivo de muchos parece ser divertirse, divertirse, divertirse. Luego, en las oscuras profundidades, cuando las emociones ordinarias pierden su excitación, algunos recurren a las drogas, la pornografía o cualquier cosa que pueda satisfacer momentáneamente los deseos de la carne.

Al lado derecho del escenario se encuentra Salomón. Sus ojos no son tan claros; su semblante tiene el aspecto de la disipación y zigzaguea un poco al andar. En su búsqueda de la felicidad,

no le negó a su corazón ningún placer (2.10). En esa búsqueda, gastó recursos que usted y yo solo podemos soñar con tener a nuestra disposición. Leemos acerca de sus magníficas fiestas (1º Reyes 4.22, 23). Tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas (1º Reyes 11.3). Él escribió:

Y dediqué mi corazón a [...] entender las locuras y los desvaríos (Eclesiastés 1.17).

Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. [...] Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, [...] me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres,

[...] No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno... (2.1-10).

Sin embargo, ¿le trajo felicidad? Podemos verlo sacudiendo la cabeza. «A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto?» (2.2b). Observó: «Mas he aquí esto también era vanidad» (2.1b). Cuando miramos al otro lado del escenario, solo vemos tristeza y desilusión, porque el pecado ofrece únicamente «deleites *temporales*» (Hebreos 11.25; énfasis agregado). La diversión mundana promete mucho, pero todo es una ilusión. Se cierra el telón.

Como de costumbre, tenemos que hacer una salvedad: no hay nada de malo con la diversión buena y limpia; reír juntos es maravilloso y beneficioso. Este disfrute, sin embargo, es secundario para lograr una felicidad duradera. Juan escribió:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo (1ª Juan 2.15, 16).

El autor de Hebreos también habló de «los deleites *temporales* del pecado» (Hebreos 11.25; énfasis agregado). Los placeres terrenales son temporales; en cambio, debemos buscar el gozo eterno.

5^{TO} ACTO:

LA CONCLUSIÓN DE TODO EL ASUNTO

Es hora del último acto. El telón se abre por última vez. La multitud se ha ido. El centro de atención está en una sola figura: Salomón. Vestido de manera sencilla, la expresión de su rostro nos deja saber que está a punto de compartir algunas verdades importantes.

1ª verdad: Dios nos dio este mundo para

disfrutarlo. Leemos en Eclesiastés 11.9a: «Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia».

2ª verdad: Nuestras acciones, sean buenas o malas, tienen consecuencias. Leemos lo siguiente:

Anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios....

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento (11.9b—12.1).

3ª verdad: «la adolescencia y la juventud son vanidad» (11.10). Nuestra estancia en este mundo es breve. Casi antes de que nos demos cuenta, llegará el día...

... cuando temblarán los guardas de la casa [las manos], y se encorvarán los hombres fuertes [una referencia a los pierns], y cesarán las muelas porque han disminuido, y se oscurecerán los que miran por las ventanas [los ojos] [...] cuando se levantará a la voz del ave, y todas las hijas del canto [la voz] serán abatidas; cuando también temerán de lo que es alto, y habrá terrores en el camino; y florecerá el almendro [las canas] [...] porque el hombre va a su morada eterna, y los endechedores andarán alrededor por las calles; [...] y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio (12.3-7).

4ª verdad: Algún día nos enfrentaremos a Aquel que nos hizo. «Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala» (12.14). Que todo lo que hagamos se haga a la luz de esa solemne verdad.

5ª verdad: (la verdad más importante): «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (12.13). «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos*». Aquí es donde encontramos significado y propósito en la vida. Sí, y aquí es donde encontramos la felicidad suprema y duradera: ¡en una relación correcta con Dios!

Salomón inclina la cabeza. La luz sobre él se va apagando. Se cierra el telón.

CONCLUSIÓN

¡Sería difícil encontrar una lección más colorida que la vida de Salomón! La felicidad verdadera y duradera no se encuentra en alcanzar el conocimiento y la sabiduría. No se encuentra en la acumulación de bienes y riquezas. No se encuentra en ganar poder y prestigio. No se encuentra en la

búsqueda de diversión y placer. Proviene de tener una relación correcta con Dios y con Su Hijo, Jesús. «Teme a Dios y guarda sus mandamientos». Dios desea que aprendamos del consejo de Salomón, e incluso de sus errores.

El Cantar de Salomón

El Cantar de los cantares, o el Cantar de Salomón, «contribuye grandemente a la comunidad religiosa y a la sociedad, pero a menudo se le desatiende. En primer lugar, afirma el amor, el sexo y, si se lee correctamente dentro del contexto del canon, el matrimonio. En segundo lugar, les advierte a los lectores que una emoción tan intensa tiene sus peligros. Si bien el significado superficial del Cantar se relaciona claramente con la sexualidad humana, una lectura canónica ofrece al menos otras dos vías importantes para comprender el Cantar. 1) La sexualidad humana es parte del relato de la creación, caída y redención de las relaciones humanas. Dios creó el matrimonio (Génesis 2), pero esa relación fue dañada por el pecado (Génesis 3). Sin embargo, el Cantar ofrece la promesa de sanidad, aunque la armonía completa en las relaciones espera el eschaton [último tiempo]. 2) A lo largo de la Biblia, la relación con Dios se describe mediante la metáfora del matrimonio. Como con cualquier metáfora, el lector tiene que observar una reticencia adecuada en términos de presionar la analogía [evitar presionar la analogía demasiado]. No obstante, del Cantar aprendemos sobre la intensidad emocional, la intimidad y la exclusividad de nuestra relación con el Dios del universo».¹

¹ Tremper Longman III, *Song of Songs (El Cantar de cantares)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co, 2001), 70.

(Viene de la página 23)

apropiado muchos predicadores y otros:

Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti,
Oh Jehová, roca mía, y redentor mío (Salmos 19.14).

Este es lenguaje de sacrificio. La frase «los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón» quiere decir lo que decimos y lo que pensamos. Si nos ocupamos de esto, no tendremos que preocuparnos por nuestros actos.

Dios es nuestra «roca». Cuando usted y yo escuchamos la palabra «roca», probablemente pensamos en fuerza o incluso en una base sólida. Las personas en los días de David también pensaban en *protección*. Habrían estado familiarizados con la práctica de criaturas indefensas como el «conejo» de buscar rocas para protegerse (vea Proverbios 30.26). ¡El Señor es también nuestro «Redentor», el Salvador de nuestras almas!¹⁸

CONCLUSIÓN

¡Apartemos nuestros ojos de las cosas mundanales de la vida para considerar el universo que Dios ha hecho! Cuando nos demos cuenta de lo maravilloso que es Él, amaremos y apreciaremos Su Palabra más plenamente. Debemos leerla, estudiarla y meditarla, y luego vivir de acuerdo con sus preceptos. Como David, debemos orar para que nuestras palabras y los pensamientos de nuestro corazón sean recibidos por Dios.

¹⁸ Aquí hay otra oportunidad para el análisis en clase. Pregunte: «Mientras consideran el mundo de Dios y la Palabra de Dios, ¿cuál podría ser *su* oración?».



«Santo, santo, santo» (Isaías 6.1-9a)

Nuestro texto comienza diciendo: «En el año que murió el rey Uzías» (Isaías 6.1a). Uzías fue el último gran rey del reino del sur de Judá. Gobernó durante cincuenta y dos años, fueron días de prosperidad y relativa paz (2° Crónicas 26.3-5). Luchó contra los filisteos, los amonitas y otros, y los sometió. Sin embargo, el orgullo lo llevó luego a la parte del templo donde solo los sacerdotes podían entrar, y Dios lo maldijo con lepra. Fue desterrado; y cuando murió, ni siquiera se le sepultó con los reyes (2° Crónicas 26.16-23; vea la NIV). La gloria nacional de Israel murió con el rey Uzías y jamás volvió a revivir.

La secuencia de eventos seguramente sacudió a todos los que ponían su confianza en los hombres. Puede que incluso haya inquietado al consejero de Uzías, Isaías. Era importante para Isaías ver que el verdadero Rey no estaba muerto (Isaías 6.1, 5). Necesitaba que se le recordara que el destino final de una nación no depende de sus líderes, no importa cuán buenos sean, ¡sino de Dios!

Hoy hay muchos eventos que sacuden nuestra fe. Vemos problemas en el mundo, en nuestras comunidades, en la iglesia y en nuestras propias vidas. Para mantener las cosas en perspectiva, también necesitamos ver al Señor «sobre un trono alto y sublime» (Isaías 6.1).

LA VISIÓN (6.1-4)

Isaías adoraba a un Dios santo

Al comienzo del capítulo, Isaías estaba en el templo (6.1). Sea que el templo era físico o espiritual no es tan importante; ¡el profeta estaba en la presencia de Dios!

Su visión comienza con una descripción de Dios (6.1b). Estaba «sentado sobre un trono». El Rey no

estaba muerto; más bien, ¡Seguía gobernando! Su trono era «alto y sublime», por encima de todo. «Sus faldas llenaban el templo»; Su Presencia llenaba el Lugar Santo.

A continuación, viene una descripción de serafines flotando sobre el trono (6.2). La palabra «serafines» quiere decir «ardientes»; eran tan brillantes que parecían estar en llamas. Podrían ser seres angélicos, o simplemente pueden tener la intención de ser un simbolismo adicional de la gloria de Dios. Cada uno tenía seis alas. Con dos, volaban. Con las otras cuatro, expresaban su asombro por Dios cubriendo sus rostros y torsos (hasta los pies).

La información más significativa sobre los serafines es que uno de ellos daba voces, diciendo:

Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria (6.3b, c).

El idioma hebreo usa la *repetición* para expresar el grado superlativo. El título favorito de Isaías para Dios era «el Santo de Israel». (Usó esta expresión veinticinco veces en su libro.) En nuestro texto, el término «Santo» aparece tres veces, indicando que Dios es «el Santísimo».

La repetición triple se encuentra solo cinco veces en la Biblia; por lo tanto, cuando nos encontramos con este uso, sabemos que es significativo. Además, es el único atributo de Dios del que se habla de esta manera. La Biblia no dice que Dios es «amor, amor, amor», pero sí dice que Él es «santo, santo, santo», ¡santo en grado superlativo!

La expresión de alabanza cierra con las palabras: «toda la tierra está llena de su gloria». La gloria de Dios no solo llenaba el templo; también llena la tierra. Isaías luego escribió: «Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que

clamaba, y la casa se llenó de humo» (6.4). Los sentidos del profeta fueron bombardeados por lo que vio, oyó y sintió.¹

¡Seguimos adorando a un Dios santo!

Nuestro Dios sigue siendo un Dios santo, ¡y nuestro Jesús es también santo (vea Juan 12.37–41)! Siempre tendremos una crisis de identidad hasta que sepamos quiénes somos; y cómo nos vemos a nosotros mismos como cristianos depende de cómo veamos a Dios. Demasiados tienen un concepto de Dios como de Alguien que simplemente concede sus deseos. ¡Usted y yo necesitamos encontrarnos cara a cara con un Dios santo!

LA COMISIÓN (6.5–9)

Cuando Isaías hubo visto a Dios por lo que Él es, llegó el momento de su comisión. La comisión, en Isaías 6.5–9, tiene un «ay», un «he aquí» y un «anda».

El «ay» de la confesión (6.5)

La comisión de Isaías es introducida con un «ay» de confesión. El profeta dijo:

¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos (6.5; énfasis agregado).

Los profetas a menudo pronunciaban «ayes», es decir, maldiciones divinas. Por ejemplo, en Apocalipsis 8.13, encontramos un triple ay: «... ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra!». El mismo Isaías declaró muchos ayes sobre varios individuos (Isaías 5.8, 11, 18, 20, 21). Aquí pronunció uno sobre sí mismo.

A la luz de la santa presencia de Dios, Isaías se vio de manera clara por primera vez. Era un hijo de Dios y ya había estado sirviendo al Señor; pero aun así, cuando vio a Dios, se vio a sí mismo como un «hombre inmundo de labios». Esto es típico de aquellos en la Biblia que tuvieron encuentros personales con Dios. Job le dijo al Señor:

... ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
Y me arrepiento en polvo y ceniza (Job 42.5, 6).

Cuando Daniel tuvo una visión celestial, dijo:

¹ Quizás también olió y probó el humo.

«no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno» (Daniel 10.8). No podía hablar ni recuperar el aliento (Daniel 6.15–17). Cuando Habacuc escuchó al Señor, dijo que «se conmovieron [sus] entrañas» y «temblaron [sus] labios» (Habacuc 3.16). En Apocalipsis, cuando Juan recibió una visión del Hijo de Dios, «[cayó] como muerto a sus pies» (Apocalipsis 1.17; vea Marcos 4.41; Lucas 5.8).

Antes de que Dios pueda usarnos, necesitamos vernos a nosotros mismos como pecadores en necesidad de Su gracia. Jesús dijo: «No he venido a llamar a justos [es decir, a los que se creían justos] sino a *pecadores* al arrepentimiento» (Lucas 5.32; énfasis agregado). Juan escribió que, antes de que podamos ser perdonados, tenemos que estar dispuestos a «[confesar] nuestros pecados» (1ª Juan 1.9). Cuando Juan dijo «si confesamos nuestros pecados», no quiso decir que necesitamos confesar que nuestras almas podrían usar algo parecido a una limpieza ligera de una casa. ¡Sin el Señor, nuestras almas son un desastre total! ¡Tenemos que confesar que el techo se está cayendo, el piso está agrietado y las ventanas están rotas! Cuando realmente vemos al Señor, nos damos cuenta de cuán grande es nuestra pecaminosidad.

El «he aquí» de la limpieza (6.6, 7)

Eso nos lleva al «he aquí» de la limpieza. Como Isaías había visto al Señor, pensó que estaba condenado. Dios le había dicho a Moisés: «no me verá hombre y vivirá» (Éxodo 33.20). Sin embargo, todo cambió con un «he aquí», o un «contemplad» (NASB). Isaías escribió:

Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado (6.6, 7).

Isaías no había pedido misericordia, porque evidentemente consideraba que su caso no tenía esperanza. Aun así, en vista de que su corazón podía ser conmovido por la visión de Dios, se le mostró misericordia. Dios no es solo un Dios santo; ¡es un Dios misericordioso!

Las imágenes de los versículos 6 y 7 son poderosas e instructivas. Uno de los serafines voló hacia Isaías con un carbón encendido que había tomado del altar, probablemente el altar del incienso. Si bien era un ser celestial, lo manejó

con tenazas; estaba *caliente*, ardiendo. Luego tocó la boca de Isaías con el carbón. Los labios se encuentran entre las zonas más sensibles del cuerpo. Me estremezco cuando imagino un carbón al rojo vivo tocando mis labios. Tal vez la intención es ilustrar el dolor del arrepentimiento, el dolor del cambio (porque el cambio es parte del arrepentimiento). Alguien ha dicho que antes que Dios trae paz, trae dolor.

Luego, sin embargo, tenemos este hermoso mensaje: «es quitada tu culpa, y limpio tu pecado». Los «labios inmundos» de Isaías habían sido limpiados; ¡él había sido limpiado —con una limpieza no buscada, inmerecida y completa por la asombrosa gracia de su Señor!

El «anda» de la comisión (6.8, 9)

Finalmente, llegamos al «anda» de la comisión de Isaías. Por primera vez en la visión, Dios mismo habló: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?» (6.8a). Esto no se le dijo a Isaías, sino a una audiencia celestial, probablemente a los otros miembros de la Deidad. ¡Un Dios omnipotente estaba buscando a alguien a quien enviar con Su mensaje, un ser humano que lo representara! ¿No es maravilloso darse cuenta de que Dios ha usado a las personas para Sus propósitos y puede usarnos a *nosotros*? Dios sigue mirando a un mundo perdido en el pecado y preguntando a quién puede enviar.

Isaías no esperó a que se lo pidieran; se ofreció como voluntario. Mientras estaba allí, mirando al Señor con los labios llenos de ampollas, dijo: «Heme aquí» (6.8b). El texto hebreo tiene «miradme a mí». En otras palabras, el profeta estaba preguntando: «¿Les basto yo?». Luego dijo: «envíame a mí». (6.8c).

Antes de que Isaías hubiera visto al Señor, no estaba listo para ser usado por el Señor. Nuestros problemas hoy no son problemas de evangelización, problemas de lectura de la Biblia, problemas de asistencia o problemas de contribución. Más bien, tenemos un problema de *adoración*: ¡No hemos visto al Señor por lo que realmente es! Una vez que lo hagamos, no tendremos que ser instados a ir a los perdidos con el mensaje de Dios. Diremos: «Heme aquí, envíame a mí».

Cuando Isaías se ofreció como voluntario, Dios le encargó: «Anda» (6.9a). Esto nos recuerda de días muy posteriores, cuando Jesús dijo: «Id»: «Por

tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo 28.19).

CONCLUSIÓN

Isaías 6.1–9 está colmado de lecciones para nosotros. Para ser usados por Dios, necesitamos verle como un Dios santo, «alto y sublime» (Isaías 6.1). Él es «Santo, santo, santo». Necesitamos vernos como un pueblo de labios inmundos, indignos y sin preparación, para poder ser usados por el Señor hasta que seamos limpiados por el favor inmerecido de Dios. Necesitamos entonces estar listos para ser representantes de Dios, para acompañar Su mensaje de amor y misericordia. No se nos debería rogar ni avergonzar a ir. Como Isaías, debemos ofrecernos como *voluntarios* para ir.

(Viene de la página 8)

los decretos de Dios. En nuestros días, a medida que la población en general se hunde cada vez más en la esclavitud del pecado, existe una necesidad desesperada de voces que nos recuerden a todos: «¡Así dice el Señor!».

La enseñanza puede hacerse de muchas maneras. Podríamos pensar primero en predicarle a un grupo de personas o dar una clase; pero la enseñanza más efectiva generalmente se realiza en situaciones cara a cara, uno a uno. Podemos enseñar escribiendo cartas, compartiendo material religioso, invitando a la gente a venir con nosotros al estudio de la Biblia y los servicios de adoración, y usando los medios de comunicación. Si nos comprometemos a enseñar la Palabra de Dios, Él nos ayudará a encontrar el camino.

CONCLUSIÓN

«... Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos». Como resultado, Dios lo bendijo. Tenemos que resolver estudiar la Palabra de Dios, practicarla y luego enseñarla a otros. Cuando las personas escriben resoluciones, esas resoluciones a menudo se rompen cuando la tinta se seca. Si usted hace la misma resolución que hizo Esdras, oro para que la cumpla. Dios puede ayudarle a cumplirla, y Él le bendecirá.



Un magnífico fracaso (Jeremías)

¿Cómo debemos medir el éxito? El mundo tiene una variedad de respuestas, como la cantidad de dinero que se ha amasado, los grandes logros, la popularidad y el reconocimiento. Según cualquiera de esos estándares, el profeta Jeremías fue un *fracaso miserable*. Alguien podría objetar: «Los criterios deberían ser más modestos. Para tener éxito, un hombre debe establecer metas razonables y cumplirlas». En base a esa medida, Jeremías también fue un fracaso. Otro individuo podría protestar, «Todos esos estándares están equivocados. Lo importante es que una persona disfrute de lo que hace». Según esa evaluación, Jeremías seguía siendo un fracaso. Nuestra lección es sobre Jeremías, un fracaso, pero fue un *fracaso magnífico*. En lo único que finalmente importa, fue un éxito magnífico.

Para ayudarnos a apreciar el ministerio de cuarenta años de Jeremías, necesitamos examinar los acontecimientos políticos y espirituales durante el tiempo que trabajó.¹ A lo largo de todo lo que sucedió, Jeremías estaba luchando para lograr que las personas escucharan el mensaje de Dios.

Cuando Canaán quedó bajo el dominio de Babilonia, algunos de los judíos fueron transportados a Babilonia. Principalmente, jóvenes selectos fueron llevados en la primera etapa de la deportación babilónica.² El rey Joaquín y otros líderes fueron llevados en la segunda etapa de la

deportación.³ Durante el reinado de Sedequías,⁴ Jerusalén fue destruida, y tuvo lugar la tercera etapa de la deportación. La mayoría de los judíos fueron luego llevados al cautiverio babilónico. Fue entonces cuando Jeremías escribió Lamentaciones, mientras lloraba por la caída de Sion.

Jeremías estaba entre los que no fueron llevados a Babilonia. Babilonia puso a Canaán bajo un gobernador, pero pronto una facción pro-Babilonia chocó con una facción anti-Babilonia. La facción contra Babilonia prevaleció y obligaron a Jeremías a ir con ellos a Egipto.

UN MINISTERIO OCUPADO

Conectemos ahora a Jeremías en esta secuencia de eventos. El libro de Jeremías relata lo que hizo el profeta durante sus cuarenta años de ministerio.

Comenzaremos con su llamado en el capítulo 1 (1.4–10). Dios le dijo que, antes de que naciera, lo había elegido para ser profeta (1.4, 5). Jeremías, citando su juventud como excusa, respondió: «no sé hablar» (1.6); pero Dios le aseguró: «contigo estoy» (1.8).

Jeremías comenzó a predicar en los días del rey Josías de Judá. Comenzó con este mensaje acerca de Israel y Judá: «contra Jehová tu Dios has prevaricado» (3.12, 13, 22; 8.5). La KJV usa la colorida expresión «reincidencia»: «Volveos, hijos reincidentes, y yo [Dios] sanaré vuestras reincidencias» (3.22). Jeremías le dijo al pueblo que tenían que arrepentirse, y que su arrepentimiento tenía que venir del corazón (3.10; 4.4). Los siguientes son varios pasajes conocidos:

¹ El libro de Jeremías no está ordenado cronológicamente, lo que puede dificultar la lectura. El texto parece haber sido ordenado juntando elementos similares (como eventos y enseñanzas).

² Esto fue cuando Daniel y sus tres amigos fueron llevados al cautiverio.

³ Esto fue cuando Ezequiel fue llevado a Babilonia.

⁴ Fue en el quinto año del reinado de Sedequías que Ezequiel recibió su llamado, esto es, en Babilonia.

Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos (6.16).

Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos (10.23).

Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? (17.9).

Con el paso del tiempo, la idea principal del mensaje de Jeremías cambió. Empezó a proclamar que la paciencia de Dios se había agotado y que el castigo era inevitable. «Mas ellos [habían hecho] escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y *no hubo ya remedio*» (2° Crónicas 36.16; énfasis agregado). Una y otra vez, Jeremías proclamó: «Magor-misabib» (Jeremías 20.3), que quiere decir «¡Terror por todas partes!» (6.25; 20.10; 46.5; 49.29).

Finalmente, cuando Babilonia se levantó contra el pueblo de Dios, Jeremías les dijo que su única esperanza para salvar sus vidas y salvar la ciudad era rendirse (38.2, 17). (Podemos imaginar cómo se recibió *ese* mensaje.)

Cuando Jeremías predicó, usó todas las vías disponibles para transmitir sus mensajes. Los entregó oralmente y también los escribió (30.2). (A veces, otros leyeron estos mensajes públicamente.) Incluso empleó lecciones prácticas únicas usando un cinto podrido de lino (capítulo 13), un alfarero y su barro (capítulo 18) y una vasija rota (capítulo 19). Llevó un yugo (capítulo 27), compró una heredad (capítulo 32), ató una piedra a su mensaje y la arrojó al Éufrates (capítulo 51). Otros sin duda estuvieron presentes para presenciar estos eventos.

UN FRACASO MISERABLE (SEGÚN EL MUNDO)

¡Qué ministerio tan ocupado tuvo Jeremías cuando hizo todo lo posible para enfrentar el desafío que Dios le había dado! Sin embargo, ahora tenemos que mirar su fracaso usando los criterios del mundo.

Comenzamos preguntando: «Cuando predicó, ¿se arrepintieron las personas? ¿Se las arregló para salvar sus vidas y su ciudad?» La respuesta es «no». Jeremías les dijo a sus oyentes: «he hablado desde temprano y sin cesar; pero no oísteis» (25.3). ¡Todo lo que Jeremías tuvo que mostrar durante cuarenta

años de predicación fueron las ruinas humeantes de una ciudad que alguna vez fue hermosa (39.6–8; 52.3–19; 2° Crónicas 36.18, 19)!

Nuestra siguiente pregunta es «¿Fue apreciado por lo que intentó hacer?». Nuevamente, la respuesta es un rotundo «no». Se le opuso el pueblo, los sacerdotes, los (falsos) profetas⁵ y los príncipes. Fue amenazado (Jeremías 26.8–11). Fue escarnecido (18.18; 20.7) y azotado (20.2; 37.15). Sus movimientos estuvieron restringidos (ya que se le prohibió ir al área del templo; 36.5). Su mensaje fue quemado (36.23, 27–32). Fue puesto en el cepo público (20.2). Fue encarcelado durante años, con una ración de una torta de pan al día (32.2, 3; 37.15, 21). Por fin, lo metieron en un calabozo para que muriera: un pozo oscuro y profundo con un lodo espeso en el fondo. Quedó tan atascado que sus rescatistas tuvieron que poner telas debajo de sus axilas para poder extraerlo. Incluso después de que Babilonia tomó la ciudad y Jeremías fue liberado, se convirtió en un peón político y se vio obligado a ir a Egipto.

Con respecto a los criterios del mundo para el éxito, tenemos una pregunta más que hacer: «¿Fue Jeremías al menos feliz?». Nuevamente, tenemos que responder «no». Se le conoce como «el profeta llorón» (9.1, 10; 14.17), y se debe en parte a su lamento por Jerusalén (en Lamentaciones), pero también experimentó frustración y desilusión. Evidentemente, en primer lugar no deseó predicar; y, una vez que comenzó, no deseó continuar.

En el libro se encuentran por lo menos cinco secciones de quejas.⁶ En los capítulos 11 y 12, los habitantes de su ciudad natal se opusieron a Jeremías, quien pensó que Dios lo había defraudado, por lo que se quejó diciendo:

¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente? (12.1c, d).

¿Por qué fue perpetuo mi dolor, y mi herida desahuciada no admitió curación? (15.18a, b).

En el capítulo 17, se quejó de que sus profecías no se habían cumplido, y eso lo hizo quedar como un tonto:

He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está

(Continúa en la página 43)

⁵ El pueblo amaba a los profetas que proclamaban “Paz, paz”, incluso cuando no había paz (vea Jeremías 6.14; 8.11).

⁶ Algunos identifican seis secciones de quejas.

«El amor inquebrantable del Señor nunca cesa»¹ (Lamentaciones 3)

En el capítulo 3 de Lamentaciones encontramos la esencia del libro. El capítulo describe la destrucción de Jerusalén y los eventos relacionados desde un punto de vista extremadamente personal. Se ajusta a lo que sabemos de las experiencias de Jeremías (vea Lamentaciones 3.1, 48). Una palabra clave es «esperar» o «esperanza».

CUANDO MIRAMOS NUESTRO ENTORNO: LA RUINA DE LA ESPERANZA

Cuando Jeremías miró a su alrededor, no vio nada más que dolor; no sintió nada más que desesperación (3.1–18). Le parecía que Dios no escuchaba sus oraciones (3.8). La situación parecía desesperada:

Y dije: Perecieron mis fuerzas, y mi esperanza
en Jehová (3.18).

Jeremías quedó devastado tanto por lo que tuvo que sufrir como profeta de Dios como por lo que le había sucedido a su pueblo (3.48–54). Todo parecía perdido. Ni siquiera podía ver un destello de esperanza.

Jeremías parece haber estado casi sorprendido. Durante cuarenta años, había estado anunciando lo que sucedería si el pueblo no escuchaba al Señor, ¡sin embargo, el cumplimiento de sus profecías fue aún peor de lo que él podría haber imaginado!

CUANDO PONEMOS NUESTRA MIRADA ARRIBA: EL RENACIMIENTO DE LA ESPERANZA

Un cambio sorprendente

En Lamentaciones 3.21, encontramos un sor-

prendente cambio de perspectiva y actitud: «... esperaré» (énfasis agregado). No estamos seguros de qué provocó este abrupto cambio de actitud. ¿Hizo una pausa Jeremías después de escribir las palabras del versículo 20 y pensó en su relación con el Señor? ¿Le reveló algo el Señor de repente? No sabemos.

Aquí hay una forma en que su mente pudo haber funcionado. En 3.18, Jeremías se refiere a «Jehová». En 3.19, le pidió: «Acuérdate de mi aflicción» (vea 5.7). En 3.20, dijo que «[tendría] aún en memoria» todas las cosas terribles que habían sucedido. En 3.21, los dos conceptos («acordarse» y «Jehová») quizás se juntaron en su mente y él «se acordó» (*tuvo memoria de*) una preciosa verdad acerca de *Jehová* —y revivió la esperanza. Miremos adelante al 3.24:

Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto,
en él *esperaré* (énfasis agregado).

Una preciosa verdad

¿Cuál fue la verdad de la que se acordó Jeremías? Se le ha llamado «el himno nacional de Israel»: la creencia de que «el Señor es bueno y su misericordia es para siempre». Muchos pasajes del Antiguo Testamento usan toda o parte de esta afirmación. El sentimiento es prominente a lo largo de la historia de la nación judía.

Podemos comenzar con su historia más antigua. El canto se menciona por primera vez en la Biblia en Éxodo 15. El versículo 13 en ese cántico se refiere al éxodo de Egipto, e incluye un término clave: «Condujiste en tu *misericordia* a este pueblo que redimiste» (énfasis agregado).

La última parte de la historia antiguotestamentaria de Israel, los libros de 1º y 2º de Crónicas,

¹ Amy Bessire, «The Steadfast Love of the Lord» («El amor inquebrantable del Señor»), *Songs of Faith and Praise* (*Cantos de fe y alabanza*), comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

fueron escritos al final del período del exilio. En 1º Crónicas, leemos:

Aclamad a Jehová, porque él es bueno;
Porque su misericordia es eterna (16.34; vea
2º Crónicas 5.13; 20.21).

En el libro de Salmos, que abarca gran parte de la historia de Israel, esta maravillosa verdad se encuentra en todo el volumen.² De especial interés es Salmos 136, que examina el trato de Dios con la humanidad en general y con Israel en particular. La terminología bajo consideración está en cada versículo, *veintiséis veces*. El salmo comienza diciendo:

Alabad a Jehová, porque él es bueno,
Porque para siempre es su misericordia (136.1).

Cierra diciendo:

Alabad al Dios de los cielos,
Porque para siempre es su misericordia (136.26).

Volviendo al libro de Lamentaciones, vemos que, en medio de la humillación y la degradación, Jeremías se acordó de esta verdad reafirmante de la fe.

Por la misericordia de Jehová no hemos sido
consumidos, porque nunca decayeron sus
misericordias.
Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad.
Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto,
en él esperaré (Lamentaciones 3.22–24).

1. Se acordó de que el Señor es *misericordioso*, porque dice: «Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos» (3.22a). «Misericordia» traduce la palabra *chesed*. *Chesed*³ es una de las grandes palabras del Antiguo Testamento; se encuentra más de 250 veces.

Es un *amor de pacto o compromiso*, básicamente equivalente a *agape* en el Nuevo Testamento. Las naciones vecinas hablaban de sus dioses como fuertes y poderosos, incluso vengativos. Solo los israelitas hablaban de su Dios como amoroso.

En el presente pasaje, las dos palabras, «misericordia» y «misericordias» están ambas en plural en otras versiones. Quizás el énfasis está en la abundante provisión de Dios. El versículo 32 habla de «la multitud de sus misericordias». Alguien ha dicho: «La ira de Dios es con mesura;

² Vea Salmos 100.5; 106.1; 107.1; 117.2; 118.1–4, 29; 138.8.

³ Se puede pronunciar «chesed» (con un sonido de «h» áspero) o «jesed».

Su misericordia no tiene medida». Como la zarza que ardía (Éxodo 3.2), no se consume.

2. Jeremías se acordó de que el Señor es *compasivo*: «Sus compasiones nunca fallan» (Lamentaciones 3.22b; NASB). En el presente pasaje, «compasiones» («misericordias»; Reina-Valera) traduce la palabra *rahamin*. En este pasaje, la palabra se usa indistintamente con *chesed*⁴ (un ejemplo de paralelismo hebreo).

El Señor es constante en Sus misericordias; «nunca decayeron». ¡Así como tenemos un nuevo día cada mañana, también tenemos un «nuevo» suministro fresco de misericordias «cada mañana» (3.23a)! ¿Qué tan segura es la misericordia de Dios? Tan segura como que el sol sale cada día, así de segura es la misericordia de Dios. Puede que un escéptico argumente: «Pero si está nublado, no podemos ver el sol». Es cierto, pero aún sabemos que el sol sigue detrás de las nubes, ¿no es así? Incluso cuando la misericordia de Dios no se ve fácilmente, podemos estar seguros de que sigue allí. Cada día tiene sus propios males (Mateo 6.34), sin embargo, cada día también tiene la presencia de Dios.

3. Jeremías se acordó de que el Señor es *fiel*: «Grande es tu fidelidad» (Lamentaciones 3.23b; vea Salmos 119.90; 1ª Tesalonicenses 5.24). Un mundo pecador sabe poco acerca de la fidelidad. Muchos parecen despreocupados por mantener su palabra. Un excelente ejemplo es la naturalidad con la que algunas personas se casan y se separan. En la iglesia del Señor, no es raro que las parejas hayan estado casadas por cincuenta, sesenta o incluso setenta años; sin embargo, es raro en el mundo. Un mundo pecador sabe poco de fidelidad, pero el Señor es fiel a Su pacto o compromisos. Hace mucho, mucho tiempo, le prometió a Noé que nunca más destruiría el mundo con un diluvio (Génesis 9.8–17). Cada vez que vemos un arcoíris en el cielo, recordamos que Dios aún cumple Su promesa. Dios le prometió a Abraham que, por medio de él, serían bendecidas todas las familias de la tierra (Génesis 12.1–3). Hoy, por medio de Jesús, usted y yo somos beneficiarios de ese pacto hecho hace más de cuatro mil años. ¡Dios cumple Sus promesas!

Nuestro texto enfatiza que la fidelidad de Dios es «grande». John Kachelman escribió:

Cuando vienen los desastres, ¡la fidelidad de Dios permanece! Cuando usted erra, Su fidelidad está ahí. Cuando tomas malas decisiones

⁴ Las formas plurales de *chesed* y *rahamin* aparecen como «misericordias» en algunas traducciones.

sobre la vida, la fidelidad de Dios permanece. Cuando tu matrimonio se derrumba, cuando tu negocio quiebra, cuando tus hijos se rebelan y abandonan tu consejo, ¡la fidelidad de Dios permanece constante! La fidelidad de Dios nunca, nunca, nunca disminuye. Siempre es «grande».⁵

Un resultado satisfactorio

Dios es amoroso; Dios es compasivo; Dios es fiel. Al recordarle estas grandes verdades, Jeremías quedó satisfecho y escribió: «Mi porción es Jehová, dijo mi alma» (Lamentaciones 3.24a). La palabra «porción» podría usarse para comida. La implicación parece decir: «Puede que no tenga una porción de comida, pero tengo al Señor, y eso es suficiente. Él es todo lo que necesito».⁶ «Por tanto», escribió el profeta, «en él esperaré» (3.24b). Su esperanza fue revivida.

En medio del sufrimiento, sea colectivo o personal, Lamentaciones 3.22–24 constituye un gran texto. Podemos aferrarnos a su hermosa verdad. ¿Qué podemos decir después de un ataque terrorista, una tormenta devastadora o una tragedia personal en nuestra comunidad? Podemos ir a Lamentaciones 3.22–24. En el corazón de una devastación inimaginable, el profeta todavía pudo escribir esas confiadas palabras de esperanza.

Leí de una mujer que dio a luz a un hijo a las 8:20 p. m. y éste murió minutos después. La enfermera le preguntó: «¿Tienes un nombre para el bebé?», y respondió: «Toby. Es la abreviatura de un nombre bíblico, “Tobías”, que quiere decir “Dios es bueno”». Posteriormente, su marido contó la historia en un devocional. Resumió su charla con estas palabras: «¡La vida es dura, pero Dios es bueno!»,⁷ lo cual es un excelente resumen del mensaje de Lamentaciones.

CUANDO VEMOS HACIA ADELANTE: LA REAFIRMACIÓN DE ESPERANZA

La necesidad de reafirmación

El resto del capítulo tiene un elemento que nos

⁵ John Kachelman, «God’s Faithfulness» («La fidelidad de Dios»), en *Truth for Today (La Verdad para Hoy)* (enero de 1991): 45–47.

⁶ Para otros pasajes sobre la saciedad del alma, vea Salmos 103.5; 107.9.

⁷ Adaptación de John Piper, «Thank God for the Mercies of Christ» («Gracias a Dios por las misericordias de Cristo»); consultado el 8 de septiembre del 2020; <https://www.desiringgod.org/messages/thank-god-for-the-mercies-of-christ>.

hace mirar hacia adelante. Anteriormente, el Señor le había reafirmado a Jeremías que un remanente regresaría del cautiverio. En Jeremías 32, Dios le dijo a Jeremías que comprara un campo antes del regreso del cautiverio (32.6–15); en Jeremías 33, se le prometió al profeta que la tierra desolada volvería a estar llena de personas (33.10, 11). Ahora, estaba seguro de que algunos volverían. Leamos el siguiente alentador y esclarecedor pasaje:

Porque el Señor no desecha para siempre [tome nota de esa promesa];
Antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus *misericordias* [la palabra especial de la que hemos hablado];
Porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres (Lamentaciones 3.31–33; énfasis agregado).

Tal vez podríamos pensar en un padre amoroso que disciplina a su hijo con lágrimas en los ojos. Le quebrantaba el corazón a Dios castigar a Sus hijos, y no deseaba hacerlo; ellos mismos se lo habían buscado. Sin embargo, deseaba que supieran que siempre estaba dispuesto a perdonarlos y recibirlos, como se expresa en el versículo 32a:

Antes si aflige, también se compadece.

Había causado dolor; ahora estaba listo para ofrecer misericordia.

La necesidad de restauración

¿Qué necesitaba hacer Israel para recibir esa misericordia? El pueblo necesitaba «[escudriñar] [sus] caminos», arrepentirse y «[volverse] a Jehová» (3.40). ¿Cuáles eran las implicaciones? De manera general, podríamos decir que necesitaban obedecer la voluntad de Dios. Jeremías, sin embargo, ofreció ejemplos específicos del tipo de cosas que habían de hacer. A continuación, se encuentran las instrucciones inspiradas del profeta.

1. Tuvieron que esperar pacientemente y buscar de manera ferviente:

Bueno es Jehová a los que en él *esperan*, al alma que le busca.

Bueno es *esperar* en silencio la salvación de Jehová [que, en este caso, probablemente se refiere al regreso del cautiverio] (3.25, 26; énfasis agregado).

La palabra «esperar» se encuentra a menudo en las Escrituras. La Escritura favorita de una de mis hijas, Debbie, es Isaías 40.31, que dice:

Pero los que *esperan* a Jehová tendrán nuevas

fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán (énfasis agregado).

En Lamentaciones 3.26, la palabra «esperar» es modificada por la frase «en silencio»:

Bueno es esperar en *silencio* la salvación de Jehová.

Esto nos recuerda Habacuc 2.20, que dice:

Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra.

En Lamentaciones 3.26, esperar «en silencio» probablemente quiera decir esperar sin quejarse (vea 3.39). Nos frustramos con la espera. A menudo nos apresuramos cuando el Señor no se apresura. Sin embargo, estos versículos no llaman a una espera pasiva. ¡Esta espera es activa! «Esperar» se usa indistintamente con «buscar». En las Escrituras, la espera a menudo se asocia con buscar al Señor en oración.

Estas ideas no agotan las connotaciones de la palabra hebrea que se traduce como «esperar». Lamentaciones 3.25a dice: «Bueno es Jehová a los que en él *esperan*». Otras versiones dicen «aquellos cuya *esperanza* está en él» (NIV), «aquellos que *confían* en él» (NJB), y «todos los que *confían* [y le *obedecen*]» (CEV). (Énfasis agregado.) El pueblo de los días de Jeremías necesitaba aprender a esperar, tener esperanza, confiar y obedecer, y nosotros también.

2. Necesitaban aprender a aceptar la responsabilidad siendo aún jóvenes, para «llevar el yugo desde su juventud» (3.27). Mi padre creía en esta filosofía. Quizás el suyo también.

3. Necesitaban entregarse totalmente al Señor (3.28–30). En el versículo 29a, tenemos el siguiente mandamiento: «Ponga su boca en el polvo». La figura es la de un individuo que cayó postrado, con el rostro en el suelo, expresando sumisión total a Aquel ante quien estaba postrándose.

4. Necesitaban ser honestos en sus tratos (3.34–36). Dios no es injusto, y ellos tampoco debían serlo.

Torcer el derecho del hombre delante de la

presencia del Altísimo,
Trastornar al hombre en su causa, el Señor no lo aprueba (3.35, 36).

5. Necesitaban dejar de quejarse (3.37–39). El Señor es justo en Su dispensación del bien y del mal.

¿Por qué se lamenta el hombre viviente?
Laméntese el hombre en su pecado (3.39).

6. Su mayor necesidad era confesar su pecado y orar, arrojándose ante la misericordia del Señor.

Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos,
y volvámonos a Jehová;
Levantemos nuestros corazones y manos a Dios
en los cielos;
Nosotros nos hemos rebelado, y fuimos des-
leales... (3.40–42).

Si hacían lo anterior, podían tener esperanza. Dios escucharía sus oraciones y nuevamente se acercaría a ellos.

Invoqué tu nombre, oh Jehová, desde la cárcel
profunda;
Oíste mi voz; no escondas tu oído al clamor
de mis suspiros.
Te acercaste el día que te invoqué; dijiste: No
temas.
Abogaste, Señor, la causa de mi alma; redimiste
mi vida (3.55–58; vea 3.48–50, 56).

CONCLUSIÓN

De vez en cuando, usted y yo también sufrimos. Cuando suframos, necesitamos entender que Dios está allí; no nos ha abandonado. Tal vez Él alivie nuestro sufrimiento, o tal vez nos dé fuerzas para soportarlo. Un viejo predicador lo expresó de la siguiente manera: «A veces el Señor allana el camino, pero a veces ayuda colocándole resortes al automóvil».

Cuando sufrimos, tenemos que «esperar pacientemente». ¡Es tan difícil, pero tan necesario! Necesitamos recordar que el sufrimiento no es para siempre. «Sus misericordias jamás se acaban», pero el sufrimiento sí —si no es en esta vida, será en la próxima.



El valle de los huesos secos (Ezequiel 37.1-14)

Ezequiel fue llevado en la segunda etapa de la deportación de los judíos a Babilonia. Llegó allí con otros cautivos judíos antes de que Jerusalén fuera destruida (lo que sucedió en conexión con la etapa tres).

Cuando primeramente llegó, los cautivos estaban llenos de un optimismo infundado de que Jerusalén no podría ser destruida. La primera tarea de Dios para Ezequiel fue darles el impopular mensaje de que Jerusalén *sería* destruida.

Cuando Jerusalén sucumbió, cuando el templo fue destruido y los muros derribados, los cautivos se llenaron de desesperación. En ese momento, el mensaje de Ezequiel se convirtió en uno de esperanza: ¡Se acercaba un día mejor! Si los exiliados se arrepentían, Dios los restauraría a la tierra. Nuestra lección es de una de las más coloridas de esos mensajes de esperanza, sobre «El valle de los huesos secos».

HAY ESPERANZA HASTA PARA HUESOS SECOS (37.1-14)

Al final del capítulo 36, el profeta describió las ciudades de Canaán una vez más llenas del pueblo de Dios. Teniendo en cuenta el estado de los israelitas, en cautiverio, con su ciudad capital demolida, podría haber parecido una burla. Sin embargo, en el capítulo 37, Dios les dijo, en efecto, «Tan mal como están las cosas en este momento, la escena que Ezequiel describió [en el capítulo 36] es precisa. ¡Puede suceder y sucederá!».

La visión (37.1-10)

En una visión, Dios llevó a Ezequiel a un valle repleto de huesos secos. Los huesos de los soldados que habían caído en la batalla yacían esparcidos por las bestias salvajes, decolorándose a la luz del

sol. Los huesos eran viejos y estaban a punto de desmoronarse.

Dios le dijo a Ezequiel que le predicara a los huesos. Les había predicado a los montes (capítulo 36); más adelante les predicaría a las aves y fieras del campo (capítulo 39); ahora le dijeron que les predicara a los huesos. Al preparar sermones a lo largo de los años, he predicado a espejos, paredes, vacas en el pasto y auditorios vacíos; pero nunca les he predicado a huesos secos. Eso, sin embargo, es lo que se le mandó hacer a Ezequiel.

Antes de que veamos los sorprendentes resultados de su predicación, vale la pena hacer notar que el predicador tuvo parte en el avivamiento del capítulo 37. Los huesos fueron levantados por el poder de Dios, pero el predicador tuvo que hacer su parte. Jamás debemos descartar la importancia de la predicación (vea Romanos 10.14).

Luego viene la vívida escena cuando los huesos secos recobran vida. Primero, los huesos dispersos se unieron en esqueletos. Qué escena la que viene a nuestras mentes cuando imaginamos los ligamentos uniendo los huesos, los músculos cubriendo los huesos y la piel cubriendo los músculos hasta que los cuerpos están completos. Sin embargo, todavía no había vida en los cuerpos. Un valle lleno de cadáveres sería un espectáculo trágico.

Luego, el soplo de Dios entró en los cuerpos, ¡así como sopló vida por primera vez en Adán (Génesis 2.7)! Los torsos de los cuerpos comenzaron a subir y bajar. Los ojos se abrieron y los párpados parpadearon, y los brazos se levantaron. Finalmente, aquí y allá, los cuerpos comenzaron a sentarse y luego a ponerse de pie, hasta que todos estuvieron erguidos, ¡listos una vez más para luchar por el Señor!

La explicación (37.11–14)

La visión va seguida de una explicación inspirada. Los huesos representaban la casa de Israel, que estaba llena de desesperación. Dios le dijo a Ezequiel: «todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí, ellos dicen: Nuestros huesos se secaron¹, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos» (Ezequiel 37.11). El punto de la visión era que Dios podía darle a Su pueblo nueva vida y restaurarlos a su tierra. ¡Necesitaban aferrarse a su fe en el Señor!

En el momento en que Ezequiel pronunció estas palabras, el cumplimiento parecía casi imposible. Luego, en la providencia de Dios, una serie de edictos de gobernantes no judíos —Ciro, Darío y Artajerjes— les permitieron a los judíos regresar a su tierra y reconstruir la ciudad de Jerusalén. ¡Dios les restauró la vida a los huesos secos!

¡HAY ESPERANZA TAMBIÉN PARA NOSOTROS!

La visión del valle de los huesos secos tenía un mensaje para los israelitas y tiene un mensaje para nosotros. Así como había esperanza para los exiliados, también hay esperanza para nosotros.

Rodeados de desesperanza

No es inusual perder la esperanza. A lo largo de la historia se han escuchado expresiones de desesperanza. En 1806, el primer ministro británico William Pitt el Joven dijo: «Difícilmente no hay nada a nuestro alrededor más que ruina y desesperanza». En 1849, Benjamin Disraeli, otro primer ministro, dijo: «... no hay esperanza». En 1851, el moribundo duque de Wellington dijo: «Gracias a Dios, seré librado de ver la consumación de la ruina que se está acumulando a nuestro alrededor».²

Cuando miramos a nuestro alrededor hoy, a veces parecemos estar rodeados de valles de huesos secos. Podemos ver huesos secos nacionales e internacionales, así como huesos secos personales, vidas que parecen vacías e inútiles. Muchas personas no tienen metas, objetivos o aspiraciones. Para algunas personas, cada día parece el último, solo que más oscuro y sombrío.

¹ A los huesos se les consideraba como la fuente de la fuerza vital (vea Salmos 32.3; KJV; NIV).

² *Audiencias ante el Subcomité del Comité de asignaciones, Cámara de Representantes, 75° Congreso, Tercera Sesión, sobre el Proyecto de Ley de Asignación del Departamento de Correos para 1939* (Washington, DC: US Printing Office, 1938), 497.

Incluso el pueblo de Dios puede experimentar valles de huesos muertos. Puede que nos preocupe lo que depara el futuro para las congregaciones locales que han visto días mejores. Podemos sentirnos como los dos viajeros caminando a casa después de la crucifixión de Jesús, quienes le dijeron al Forastero,³ «Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y [...] hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido» (Lucas 24.21). La implicación fue: «¡Pero ahora Él está muerto y sepultado, y no tenemos motivos para tener esperanza!».

La necesidad de esperanza

Necesitamos esperanza, un ingrediente indispensable en el trío bíblico de «fe, esperanza [y] amor» (1ª Corintios 13.13). El mensaje de Ezequiel 37 constituye un mensaje de esperanza, e Israel necesitaba ese mensaje. Ezequiel mismo necesitaba ese mensaje. Predicó año tras año, sin que nadie escuchara. El panorama de su vida a menudo tuvo que haber parecido un valle de huesos secos. Todos necesitamos esperanza.

La Biblia tiene mucho que decir acerca de la importancia de la esperanza. Romanos 8.24 dice que «porque en esperanza fuimos salvos». Vivimos en la «esperanza de la vida eterna» (Tito 1.2). El escritor del libro de Hebreos llamó a la esperanza un «ancla del alma» (Hebreos 6.19). En las paredes de las catacumbas romanas están grabados muchos símbolos de la fe cristiana, como la vid (símbolo de la unión del creyente con Cristo) y el pez (cuyo nombre griego forma un acróstico de los nombres y títulos de Jesús). También está el ancla, el símbolo de la esperanza. La esperanza es nuestra ancla espiritual.

Nuestra esperanza no proviene de la vaga posibilidad de que la situación mejore. Más bien, nuestra esperanza está en una Persona: nuestro Señor. El salmista escribió:

¿Por qué te abates, oh alma mía,
Y te turbas dentro de mí?
Espera en Dios... (Salmos 42.5).⁴

En Romanos 4.18, leemos con respecto a Abraham: «creyó en esperanza contra esperanza». Dios le había prometido descendencia, pero los días y los años y las décadas habían pasado. Aparente-

³ Este Forastero era Cristo mismo.

⁴ Dios no deseaba que nos perdiéramos esto, así que repitió estas palabras en el siguiente salmo (vea Salmos 43.5).

mente, no tenía motivos para tener esperanzas. Sin embargo, Abraham esperó porque «creía». Romanos 10.11 nos dice: «Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado».⁵

Consideremos algunas de las maravillosas promesas del Señor para Su pueblo que pueden darnos esperanza:

... si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible (Mateo 17.20; vea Juan 14.14).

... he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28.20).

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14.1-3).

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados (Romanos 8.28).

Cuando leo Ezequiel 37 y contemplo los huesos que cobran vida, me vienen a la mente dos pasajes pertinentes del Nuevo Testamento. En Juan 5.28, 29, Jesús habló de una «resurrección de vida». En 1ª Corintios encontramos las siguientes palabras de esperanza:

... Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? [...] Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (15.54-57).

CONCLUSIÓN

Apropiémonos de esperanza. Así como Dios les restauró la vida a los viejos huesos secos en la visión de Ezequiel 37, ¡Dios puede restaurarles la vida a los huesos secos de nuestras vidas! ¿Tiene usted una relación con Dios que le da esta esperanza? Si no, ¡espero que venga a Él de inmediato!⁶

⁵ Otros pasajes pertinentes sobre la esperanza incluyen Salmos 31.24 y Jeremías 17.7.

⁶ No pude tomar notas sobre mis fuentes para esta lección. Una vez más, mis disculpas, y gracias a aquellos cuyas ideas podrían estar incluidas.

(Viene de la página 36)

la palabra de Jehová? ¡Que se cumpla ahora! (17.15).

En el capítulo 18, se quejó de que el pueblo le estaba haciendo cosas terribles: efectivamente habían «[cavado] hoyo para [prenderle]» (18.22c). En el capítulo 20, se quejó de que estaba rodeado de problemas; sin embargo, Dios no lo dejó renunciar, y dijo:

¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta? (20.18).

No, Jeremías *no* fue un hombre feliz. Por cualquiera de los criterios mundanos usuales, se le tiene que marcar como un miserable fracaso.

UN MAGNÍFICO FRACASO (SEGÚN DIOS)

Hasta este punto, la presente lección no ha sido muy inspiradora. Es bastante deprimente escuchar cómo fracasó Jeremías, ¿cierto? ¿Por qué, entonces, deberíamos mirar sus fallas y su respuesta negativa con tanto detalle? Sus experiencias deberían hacer que este punto quede grabado en nuestras mentes: *a pesar de todo, él no renunció*. Nadie lo escuchó, pero él no renunció. Fue ridiculizado, pero no renunció. Fue amenazado de muerte; ¡pero fue fiel a su encargo, día tras día, durante más de cuarenta años! En el capítulo 20, escribió:

Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón [Su nombre y Su Palabra] como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude (20.9).

CONCLUSIÓN

A pesar de todo, Jeremías no se dio por vencido. Yo necesito esa lección como predicador del evangelio. Tal vez usted también, en el evangelismo y en la vida en general. La Biblia no dice: «Ten éxito hasta la muerte» o «Sé popular hasta la muerte» o «Sé feliz hasta la muerte». Sí dice: «Sé *fiel* hasta la muerte» (Apocalipsis 2.10; énfasis agregado). Puede que no tengamos éxito, que no seamos populares y que ni siquiera seamos felices en esta vida terrenal, pero *podemos* ser fieles.



Daniel en el foso de los leones

(Daniel 6.18-23)

Algunos relatos bíblicos son tan conocidos que les hemos dado nombres:¹ «Noé y el _____», «La paciencia de _____», «La destrucción de Sodoma y _____», «Moisés cruzando el _____ Rojo», «Sansón y _____», «David y _____», «Jonás y _____», «Daniel en _____».

El hecho de que Daniel fuera arrojado al foso de los leones es un incidente bien conocido, pero se requiere una pequeña información de fondo. Por lo que muestra el registro bíblico, Daniel había sido más o menos olvidado durante veinte o treinta años por los gobernantes babilónicos, desde los días de Nabucodonosor (Daniel 4.37) hasta el final del Imperio Babilónico (vea 5.30). Cuando Darío de Media «vino a ser rey» (vea 5.31; 9.1) de manos de Ciro, rey de Persia, Daniel tendría ochenta o noventa años.² Sin embargo, ese anciano seguía siendo capaz, seguía lleno de fe, y seguía listo para ser usado por el Señor.

ENEMIGOS TRATARON DE DESTRUIR A DANIEL (6.1-17)

Se busca una trampa (6.1-5)

Cuando Darío se convirtió en rey de Babilonia, nombró a 120 «sátrapas» (6.1) o «gobernadores» (MSG) que estaban bajo tres «gobernadores» (6.2a). ¿Por qué tres? Habían de vigilar de cerca a los

120 sátrapas y también servir como control unos de otros para que «el rey no fuese perjudicado [financieramente]» (6.2b). Daniel fue uno de estos tres gobernadores.

Al poco tiempo, Daniel comenzó a distinguirse «porque había en él un espíritu superior» (6.3a). ¡El rey quedó impresionado! Mientras consideraba las capacidades de Daniel, su integridad y su familiaridad con todo lo babilónico, ¡hizo planes para «ponerlo sobre todo el reino» (6.3b)!

Lo anterior puso celosos a los compañeros de trabajo de Daniel. Los celos son una aflicción terrible. Debido a sus celos, «buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino» (6.4a). Muchos escándalos «en lo relacionado al reino [o a gobiernos]» han sido noticia internacional, «mas [respecto a Daniel] no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él» (6.4b).

Todos sabemos lo inusual que es esto. Durante cada año electoral, se nos recuerda que la mayoría de los candidatos tienen «trapos sucios» que pueden ser arrastrados y colgados en un lugar destacado para que todos la vean. El sabio escribió:

Muchos hombres proclaman cada uno su propia
bondad,
Pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?
(Proverbios 20.6).

¿Qué pasaría si nuestras propias vidas y nuestro trabajo fueran sometidos a ese tipo de escrutinio?
¿Qué podría ser expuesto?

Este pensamiento debería hacernos apreciar aún más a Daniel. Sus enemigos examinaron de cerca su vida pública y privada con el fin de encontrar algo —cualquier cosa— que pudieran usar en su contra, pero no encontraron nada. Finalmente

¹ Cuando presente esta lección, podría hacer una pausa cada vez que mencione un relato, para que los oyentes tengan tiempo de completar el título en voz alta o en sus mentes. Luego puede indicar la respuesta adecuada (arca, Job, Gomorra, mar, Dalila, Goliat, el gran pez, el foso de los leones) antes de pasar al siguiente título.

² Daniel habría sido por lo menos un adolescente cuando fue llevado al cautiverio babilónico en la primera deportación, y habían pasado setenta años (vea Jeremías 25.11, 12; 29.10; Daniel 9.1, 2).

concluyeron: «No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios» (Daniel 6.5). Lo único que pudieron encontrar para atacar fue su religión, su fe.

La trampa es tendida (6.6–9)

Los otros dos sátrapas y los gobernadores fueron al palacio del rey como un cuerpo, ¡los 122 de ellos!, para hacerle una proposición a Darío. Usaron todas las herramientas de manipulación: adulación, mentira, presión. Su propuesta era emitir un edicto que dijera: «... cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones» (6.7). Cuando yo era joven, conocí un programa de radio (más adelante un programa de televisión) llamado «Reina por un día». Estos hombres propusieron hacer de Darío «Dios por un mes». El rey se sintió halagado y rápidamente accedió (6.9), dejando al descubierto dos debilidades: el orgullo y la impetuosidad. Si pensó en las consecuencias, aparentemente no consideró cómo la ley afectaría a su administrador favorito, quien no se inclinaría ante las imágenes. El texto enfatiza que, una vez que el rey firmó el decreto, éste «no [podría] ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia» (6.8).³

Anteriormente, los tres amigos de Daniel —Sadrac, Mesac y Abed-nego⁴— habían sido arrojados a un horno de fuego por desafiar al rey de Babilonia, Nabucodonosor; entonces podríamos preguntar: «¿Por qué en esta ocasión los desertores habían de ser arrojados a un foso de leones y no a un horno de fuego?». Los medos y los persas adoraban el fuego. Quizás arrojar a alguien al fuego sería para ellos un sacrilegio, por lo que una forma preferida de pena capital involucraba una guarida de leones hambrientos.

La trampa es activada (6.10–17)

El texto aclara que Daniel estaba al tanto del nuevo decreto y de las consecuencias de desobedecerlo. El versículo 10 comienza: «Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado...» (énfasis agregado). Sin embargo, para él la muerte era mejor que la falta de respeto a su Dios. El edicto no afectó su práctica diaria, que era orar a Dios

³ Vea Ester 1.19; 8.8.

⁴ Estos son los nombres por los que la mayoría de nosotros los conocemos, los nombres que recibieron en Babilonia.

tres veces al día, mirando hacia Jerusalén (6.10).

Daniel probablemente oró «Tarde y mañana y a mediodía» (Salmos 55.17). ¿Por qué oraba hacia Jerusalén? Salomón había esbozado lo que los judíos debían hacer si pecaban y eran sacados de su tierra. En la dedicación del templo, había orado:

... si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti con el rostro *hacia su tierra* que tú diste a sus padres, y hacia *la ciudad* que tú elegiste y *la casa* que yo he edificado a tu nombre (1° Reyes 8.48; énfasis agregado; vea 8.33–38; 2° Crónicas 6.21–38).

Su oración fue que, si el pueblo de Dios hacía eso, entonces Él «[oiría] su oración» (1° Reyes 8.49a; vea 2° Crónicas 7.11–16).

Hace algún tiempo, una campaña antidrogas en los Estados Unidos usó el lema «¡Solo di “No”!». Daniel y sus amigos tuvieron el coraje de decir «no» a todo lo que no estaba bien, sin importar las consecuencias. Daniel había dicho «no» a «la porción de la comida del rey» (Daniel 1.8).⁵ Sus amigos habían dicho «no» a inclinarse ante una imagen y habían sido arrojados al horno de fuego (capítulo 3). Ahora Daniel dijo «no» a la idea de que debía abstenerse de orar al Señor durante treinta días. Todo el pueblo de Dios necesita la capacidad de decir «no». Pedro expresó el principio inherente en esa declaración de esta manera: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5.29).

Daniel no hizo ningún intento por ocultar lo que hizo. Se arrodilló frente a una ventana abierta y oró (Daniel 6.10). Sin duda, agradeció a Dios y lo alabó; pero el capítulo 9 nos da una indicación de una preocupación especial que incluyó en sus oraciones: la necesidad de perdón de las personas. Confesó que el pueblo de Dios se había convertido en un «oprobio» para quienes lo rodeaban. Dijo que su petición de perdón no se basó en ningún mérito propio, sino «conforme a todos [los] actos de justicia [de Dios]». Él oró diciendo: «¡Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo!» (9.16–19).

Cuando oraba, Daniel no lo hacía por apariencias; ni usaba la oración como una medida de emergencia. Daniel 6.10 enfatiza que oró «como

⁵ La comida podría haber incluido elementos que un judío no podía comer, como carne de cerdo, y probablemente no habría sido preparada como mandaba la Ley. Además, podría haber sido ofrecida primero a un ídolo.

lo solía hacer antes». Él siempre oraba. Era uno de los hombres más ocupados del imperio, ¡pero aun así hizo tiempo para orar!

Los enemigos de Daniel evidentemente lo espionaron en su casa (6.11), y vieron exactamente lo que esperaban ver. Emocionados, se precipitaron al rey (6.12) con esta acusación: «Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición» (6.13).

El rey se dio cuenta demasiado tarde de que había sido engañado. «Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera, y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarle» (6.14). No sirvió. Una ley de los medos y los persas no podía ser cambiada (6.15). Daniel fue arrojado al foso de los leones (6.16).

Daniel no fue el primero ni el último en sufrir por hacer lo correcto. Un ex prisionero de guerra escribió:

Estaba estrictamente prohibido predicarles a otros presos... Algunos de nosotros decidimos pagar el precio del privilegio de predicar, así que aceptamos sus condiciones. Era un trato; *predicábamos y nos golpeaban*. Estábamos felices predicando. Ellos estaban felices golpeándonos, así que todos estaban felices.⁶

Pedro escribió: «Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios» (1ª Pedro 2.20).

DIOS RESCATÓ A DANIEL (6.18–28)

El relato

Cuando arrojaron a Daniel a los leones, el rey dijo: «Tu Dios, a quien siempre sirves, él mismo te librará» (Daniel 6.16).⁷ Tal vez había oído el relato de los tres amigos de Daniel que habían escapado del fuego. Sin embargo, le faltó confianza en su declaración; porque cuando «el rey se fue a su palacio, y se acostó ayuno; [...] se le fue el sueño» (6.18).

A la mañana siguiente, el rey corrió al foso de los leones (6.19), gritó: «... el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?» (6.20). Daniel gritó: «Mi Dios envió su

⁶ Richard Wurmbrand, *Tortured for Christ (Torturado por Cristo)* (S.I.: Diane Books, 1967), 43.

⁷ El hecho de que el rey sabía acerca del Señor es interesante. Probablemente había aprendido acerca de Él por medio de Daniel.

ángel,⁸ el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño» (6.22). Cuando lo sacaron del foso, no tenía ni un rasguño (6.23).

¿Por qué fue este el caso? Nuestro texto dice: «y ninguna lesión se halló en él, *porque había confiado en su Dios*» (6.23; énfasis agregado). ¡La mejor protección incluso contra el enemigo más formidable es la confianza en el Señor! No siempre podemos confiar en nosotros mismos, en los demás, en la ciencia, en la educación, en el gobierno o en las fuerzas armadas, ¡pero siempre podemos confiar en el Señor!

En lugar de atrapar a Daniel, la trampa se cerró de golpe sobre sus enemigos y sus familias. Furioso por haber sido manipulado, el rey hizo que los arrojaran al foso de los leones, y «aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos» (6.24). Tal pena ilustra la justicia oriental, pero el propósito de este detalle en el relato es mostrar que los leones no estaban domesticados y no habían sido sedados. ¡Estaban hambrientos, ferozmente hambrientos! Daniel sobrevivió porque *confiaba en el Señor*.

Este episodio concluye con un conmovedor decreto del rey acerca de Dios (6.25–27) y una nota sobre el servicio continuo del anciano Daniel: «Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa» (6.28).

El propósito

¿Por qué ha sido registrado y preservado este relato para nosotros (Romanos 15.4)? ¿Acaso el propósito es mostrar que Dios no permitirá que suframos daño físico si realmente creemos? Difícilmente. Sabemos de los primeros cristianos que fueron arrojados a los leones. En esas ocasiones, Dios *no* envió ángeles para cerrar la boca de los leones. Esteban, el primer mártir cristiano, fue apedreado hasta la muerte, y muchos otros fueron martirizados en los primeros siglos de la iglesia. ¿Cuál es, entonces, la lección?

Podemos extraer numerosas lecciones del relato: ¡la importancia de siempre tomar tiempo para orar, la necesidad de tener una fe visible, y la necesidad de mantenernos ocupados en la obra del Señor aun cuando seamos viejos! Sin embargo, la lección principal es sin duda que debemos ser como Daniel, quien hizo lo correcto incluso (Continúa en la página 50)

⁸ Sobre el ministerio de los ángeles, vea Hebreos 1.14.

«El día de Jehová» (Joel)¹

El libro de Joel es pequeño, pero también lo es la bomba atómica. El autor de nuestro texto tenía un mensaje poderoso sobre la necesidad del arrepentimiento.

El tema de este libro es «el día de Jehová» (1.15; 2.1, 11, 31; 3.14). «El día de Jehová» es una frase que se usa con frecuencia en el Antiguo Testamento para referirse a la venida de Dios para juzgar a Su pueblo o a las naciones que lo rodean.² «El día de Jehová» se menciona invariablemente como *un evento estremecedor* (vea 2.2a, 19, 30, 31; 3.15; Mateo 24.29; Apocalipsis 6.12–14). En el Nuevo Testamento, el término generalmente se refiere al día del juicio *final* (1ª Corintios 1.7, 8; 5.5; 2ª Corintios 1.14; 2ª Tesalonicenses 2.2; 2ª Pedro 3.10, 12).

Las secciones del libro de Joel son difíciles. Como el profeta habló del «día de Jehová», los eventos cercanos y los eventos lejanos a menudo se mezclaban. Gran parte del énfasis cerca del final del libro es mesiánico (2.28–32; vea Hechos 2.17–21). Por lo tanto, podríamos pensar que las referencias a Judá, Israel y sus vecinos son típicas del pueblo de Dios y sus enemigos, incluso hoy.

UN ANÁLISIS DEL «DÍA DE JEHOVÁ»: ¡LANGOSTAS! (1.1—2.17)

Una lección práctica

En la primera parte del libro, Joel usó una terrible plaga de langostas como lección práctica.

¹ La presente lección es de uno de los profetas menores y representa el clamor de los profetas a favor del Señor, quien deseaba que Su pueblo se arrepintiera y volviera a Él.

² Esta frase se usa ocasionalmente de manera positiva para referirse a la visita de Dios a Su pueblo con bendiciones, pero generalmente se usa de manera negativa.

Donde vivo, tenemos un insecto verde y gordo al que llamamos «langosta».³ Las langostas donde vivía Joel parecían saltamontes grandes. No era inusual que un enjambre de estas criaturas hambrientas invadiera un área y la devastaran. La plaga descrita por Joel fue la peor que cualquiera de sus lectores jamás había visto (1.1–3; 2.2). Él dijo:

Lo que quedó de la oruga comió el saltón, y lo que quedó del saltón comió el revoltón; y la langosta comió lo que del revoltón había quedado (1.4).⁴

Puedo imaginar estos insectos viniendo, oscureciendo el cielo. La primera ola se posa sobre el suelo. Saltan y se arrastran por la tierra, despojando la región, devorando todo lo que es verde e incluso comiendo la corteza de los árboles (1.7). Viene ola tras ola; parece que no tienen fin. No se salva nada. Toda vida vegetal es destruida: el trigo y la cebada en los campos, pastos para los animales, vides y árboles de todo tipo: higueras, olivos, granados, palmeras datileras y manzanos (1.7, 10–12, 18). Antes de su llegada, la tierra era verde y exuberante como el huerto de Edén. Después de que se iban, era un desierto desolado.

Para una nación basada en la agricultura, constituía un desastre de proporciones sin precedentes. Además del luto de la población en general (1.12; 2.2, 6), el profeta describió el dolor de los granjeros y viñadores porque no tenían medios de subsistencia (1.11), la tristeza de los sacerdotes porque no podían hacer las ofrendas de cereal y

³ A estas criaturas se les llama «cigarras» en Australia.

⁴ El significado preciso de las palabras hebreas usadas aquí para «langostas» es incierto. Pueden ser cuatro tipos diferentes de langostas o cuatro etapas diferentes en el desarrollo de una langosta.

las libaciones prescritas (1.9), y la tristeza de los borrachos y bebedores de vino porque las vides habían sido destruidas (1.5). Joel incluso describió los sonidos tristes de bueyes, ovejas y cabras que buscan pasto sin encontrarlo (1.18, 20).

Por si lo anterior fuera poco, la situación aparentemente se vio agravada por una sequía, quizás acompañada de incendios⁵ (1.16–20). Donde vivo, cuando no llueve durante mucho tiempo, todos los días nuestras estaciones de televisión locales anuncian el nivel de «peligro de incendio» para ese día y nos muestran dónde ya están ardiendo los incendios. Además de destruir pastizales y bosques, estos incendios a menudo destruyen viviendas y ponen en peligro vidas.

La siniestra lección

Joel se refirió a esta plaga devastadora y los desastres que la acompañaban como «el día de Jehová» (1.15; 2.1, 11), es decir, un día en el que Dios había venido a juzgar a Su pueblo. Tal día llegó como resultado del pecado. No sabemos cuál fue el pecado, pero tenía que ser significativo para evocar una respuesta divina tan seria.

Cualquiera que haya sido el pecado, el pueblo necesitaba reconocerlo y lamentarse y llorar (1.8–14; 2.17). Necesitaban ayunar y orar. Necesitaban ayunar como expresión de penitencia, y habían de orar como expresión de fe. El profeta llamó a un día nacional de ayuno y oración (1.14). Nadie fue excusado; todos habían de participar: los sacerdotes, los ancianos y los líderes del pueblo («los ancianos»), los padres con sus hijos y lactantes, e incluso los recién casados que normalmente estaban exentos de deberes cívicos, *todos* (2.16, 17).

Cuando ayunaban y oraban, era importante que no siguieran simplemente los movimientos. Sus expresiones de penitencia necesitaban salir de sus *corazones*.

Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí *con todo vuestro corazón*, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos⁶ (2.12, 13a; énfasis agregado).

Si efectivamente se arrepentían y volvían a

⁵ No está claro en el texto si la referencia al fuego es un fuego literal o la obra de las langostas (vea 2.3), pero cuando la hierba se seca debido a una sequía, los incendios literales son comunes.

⁶ En aquellos días, rasgarse la vestimenta era una expresión común de gran conmoción; pero tal acción podría hacerse por exhibicionismo y no de corazón.

Dios, Joel dijo que el Señor sería misericordioso, los perdonaría y restauraría la tierra:

Y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele⁷ del castigo. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras de él...? (2.13b, 14).

UN PRONÓSTICO DEL «DÍA DE JEHOVÁ»: EL VALLE DE LA DECISIÓN (2.18—3.21)

Para el pueblo de Dios, un día de liberación (2.18–32)

Joel dijo que si los israelitas volvían al Señor, entonces Dios sería «solícito por su tierra» y «[perdonaría] a su pueblo» (2.18). Primero habló de su liberación en términos *físicos*. Dios alejaría las langostas, esto es, al desierto, al mar Muerto y al mar Mediterráneo (2.20). Enviaría lluvia sobre la tierra reseca y devastada (2.23).⁸ Una vez más, el pueblo tendría grano, vino nuevo y aceite (2.19, 24). «Comeréis hasta saciaros», escribió el profeta, entonces el pueblo «[alabaría] el nombre de Jehová vuestro Dios» (2.26).

Luego, Joel cambió el énfasis del presente al futuro y de la liberación física a la liberación *espiritual*. Los versículos del 28 al 32 se consideraron tan importantes que se convirtieron en un capítulo separado en el texto hebreo. El pasaje comienza diciendo:

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días⁹ (2.28, 29).

Nuevamente encontramos la frase el «día de Jehová», pero esta vez es un día de bendiciones

⁷ «Se duele» proviene de una palabra que indica un cambio de opinión. El «cambio de opinión» de Dios se basa en el «cambio de opinión» (arrepentimiento) del hombre. El «castigo» al que se hace referencia aquí es un castigo apropiado.

⁸ La «lluvia temprana» es la lluvia de otoño que hace brotar el grano; la «lluvia tardía» es la lluvia de fines de la primavera que hace que el grano madure antes de la cosecha.

⁹ Incluso en el texto hebreo, hay un indicio de cumplimiento neotestamentario. En ninguna parte del período del Antiguo Testamento, Dios seleccionó a un siervo o un «esclavo» (el significado de la palabra en Joel 2.29) para ser un profeta sobre quien Él derramara Su Espíritu.

espirituales. Constituía una promesa para los israelitas, por lo que probablemente aplicaba primero a un tiempo de liberación para ellos. Precisamente qué ocurrió y cuándo, no lo sabemos.¹⁰ Sin embargo, podemos hablar con confianza sobre su cumplimiento *último*, lo que tuvo lugar cientos de años después, cincuenta días después de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (Hechos 2.1-4).

Cuando Pedro se puso de pie con los demás apóstoles y comenzó a predicar, comenzó citando Joel 2:

Mas *esto* es lo dicho por el profeta Joel:
Y en los postreros días, dice Dios,
Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne... (Hechos 2.16-21; énfasis agregado).

Este día fue uno de los más grandes en la historia de la humanidad, ya que el evangelio fue predicado por primera vez en su plenitud y las personas fueron bautizadas y añadidas a la iglesia del Señor (Hechos 2.14-41, 47).

Cuando Joel escribió las palabras en Joel 2.28-32, su énfasis probablemente estaba en la liberación de Israel (vea 3.1); sin embargo, por inspiración, Pedro vio un significado de mayor alcance. Podemos ver la universalidad de las palabras citadas de Joel: «Derramaré de mi Espíritu sobre *toda carne*» y «*todo aquel* que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Hechos 2.17, 21; énfasis agregado). Más adelante, Pablo citó Joel 2.32 como prueba de que la salvación por medio de Cristo es para todos, sean judíos o gentiles:

Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque *todo aquel* que invocare el nombre del Señor, será salvo (Romanos 10.12, 13; énfasis agregado).

Joel previó «el día grande y espantoso [“tremen-

¹⁰ Algunos piensan que Joel estaba escribiendo sobre la liberación del cautiverio (vea Joel 3.1-3).

do”, NASB] de Jehová» (Joel 2.31c) que anunciaba la salvación para todos, ¡y eso lo incluye a usted y a mí!

Para los enemigos de Dios, un día de destrucción (3.1-21)

Al mismo tiempo, Joel previó un terrible «día de Jehová» para los enemigos de Dios (3.14), un día de destrucción. La descripción es del destino de las naciones que oprimían a Israel:

Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quien ellas esparcieron entre las naciones, [...]. Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor.
[...]
Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión. El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor (3.1-15).

Dos veces, al lugar del juicio se le llama el «valle de Josafat» (3.2, 12). «Josafat» quiere decir «el Señor juzga», así que era el valle donde Dios era el Juez. También dos veces, el lugar es llamado «el valle de la decisión» (3.14). La referencia no es a un lugar donde el pueblo tomaba una decisión sobre el Señor, sino al lugar donde el Señor tomaba una decisión sobre ellos. Además, el «valle» no es una ubicación geográfica. Más bien, describe días en los que, en efecto, las naciones que trataban de frustrar los planes de Dios tenían que comparecer ante Él y ser juzgadas. Como de costumbre, este «día» se presenta como un evento trascendental (3.16a). Quienes estén familiarizados con la historia de las naciones designadas pueden testificar que este «día de Jehová» fue verdaderamente terrible.

Los versículos finales de Joel (3.16b-21) reiteran que «el día de Jehová» fue (y será) un tiempo de bendición para los fieles, mientras que fue (y será) un tiempo terrible para aquellos que se opusieron a Dios.

CONCLUSIÓN

Al concluir esta lección, tenemos que enfatizar que el libro de Joel no fue solo algo escrito para personas que han estado muertas hace casi tres mil años. Pablo dijo: «... las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron» (Ro-

manos 15.4). Las expresiones temporales de «el día de Jehová» en los tiempos del Antiguo Testamento apuntaban hacia el último «día de Jehová», cuando compareceremos ante Él para ser juzgados. Gran parte del simbolismo del libro de Joel se repite en el último libro de la Biblia: las langostas (Apocalipsis 9.3–11), el sol y la luna oscurecidos (6.12), y la siega y el lagar (14.17–20; 19.15).

Con respecto al último «día de Jehová», Pedro escribió:

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas (2ª Pedro 3.10).

Y continuó diciendo:

Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! (2ª Pedro 3.11, 12).

«El día de Jehová» está por venir para cada uno de nosotros. En cierto sentido, ahora mismo cada uno de nosotros está en su propio «valle de la decisión», decidiendo si seguir o no al Señor. Ese día, sin embargo, estaremos en el «valle de la decisión» *de Dios*; y Él estará decidiendo qué hacer con nosotros. Su decisión entonces se basará en lo que decidamos ahora. *¿Cuál será nuestra decisión?*

(Viene de la página 46)

cuando sabía que habría consecuencias nefastas. Estuvo mucho más preocupado por lo que Dios pensaba que por lo que pensaban los hombres. Quería agradar a Dios, incluso si eso lo mataba, y fácilmente podría haberlo hecho.

También podemos aprender una lección secundaria importante, a saber, que Dios se preocupa por Sus hijos y nos protegerá de una forma u otra. Nos protegerá de la manera que sea mejor para nosotros y que mejor sirva a Su propósito. Incluso si hacer lo correcto nos cueste la vida, cuando finalmente nos levantemos de nuestras tumbas en nuestros gloriosos cuerpos resucitados (1ª Corintios 15), seguramente se dirá que «ninguna lesión» puede hallarse en nosotros.

CONCLUSIÓN

Cerremos con dos desafíos. Primero, seamos como Daniel en nuestra determinación de hacer lo correcto, pase lo que pase. Un viejo canto contiene las siguientes palabras:

Atrévase a ser un Daniel,
Atrévase a estar firme aunque solo;
Atrévase a tener un propósito firme,
Atrévase a darlo a conocer.

Segundo, seamos como Daniel y confiemos en el Señor, pase lo que pase. Después de todo, Dios es nuestro amparo, nuestra fortaleza y nuestra ayuda en tiempos de angustia (Salmos 46.1).

Cuando los hijos de Dios llegan al aburrimiento (Malaquías)

Así como un niño mimado tira sus juguetes y arruga su cara diciendo: «Estoy aburrido», el hijo desagradecido de Dios ignora sus bendiciones espirituales y grita: «¡Estoy aburrido, *aburrido*, ABURRIDO!». Cuando los judíos regresaron del cautiverio en Babilonia, estaban demasiado ocupados con obstáculos como para llegar al aburrimiento. Poco a poco, sin embargo, esos obstáculos fueron eliminados. El templo fue reconstruido; se reanudó la adoración en el templo; los muros de Jerusalén fueron restaurados; e Israel fue restablecido como nación. Cuando la vida volvió a la normalidad, cuando deberían haberse regocijado por todo lo que Dios había hecho por ellos, llegaron al *aburrimiento*.

ABURRIDOS DE LA ADORACIÓN (1.6–14)

Malaquías mencionó primeramente que estaban fastidiados de la adoración. Era lo mismo semana tras semana: escoger el mejor cordero o el mejor becerro o la mejor cabra (Levítico 22.17–24; Deuteronomio 15.21) y llevarlo a los sacerdotes para ser sacrificado. «Habéis [...] dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto!» (Malaquías 1.13).

Como resultado, *su adoración se deterioró hasta convertirse en un ritual poco entusiasta*. El Señor dijo:

En que ofrecéis sobre mi altar pan inundo. [...] Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agrada de ti, o le serás acepto? (1.7, 8a).

En lugar de dar lo mejor al Señor, dieron los ciegos, los cojos y los enfermos. Malaquías le dijo al pueblo que la dificultad no estaba en la dispo-

sición de la adoración, sino en ellos. El problema era *cómo veían a Dios*. Dios dijo: «El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?» (1.6). Incluso dijo que si no podían darle lo mejor de sí, sería mejor cerrar las puertas del templo (1.10).¹ Dios nunca espera lo que el hombre no puede dar, sin embargo, no aceptará menos que lo mejor. Dios dijo que el pueblo acudía a Él «con llanto» porque ya no aceptaba sus ofrendas (2.13); pero en el siguiente capítulo, indicó que si se arrepentían y presentaban «ofrenda de justicia», nuevamente la ofrenda sería «grata» a Él (3.3, 4).

La adoración es tan central en nuestra relación con Dios que si nuestra adoración no es correcta, nada es correcto. Preguntémosnos: «¿Alguna vez nos aburrimos de la adoración?». Si es así, necesitamos examinar nuestra relación con Dios. ¿Es difícil encajar a Dios en nuestros horarios ocupados? ¿Le damos lo mejor de nosotros o le damos lo que sobra después de cumplir con nuestras muchas otras responsabilidades? ¿Realmente lo adoramos «en espíritu y en verdad», como dijo Jesús que tenemos que hacerlo (Juan 4.24)? Cuando nos reunimos para adorar, ¿nuestros corazones necesitan estar en ello!

ABURRIDOS DEL MATRIMONIO (2.10–16)

A continuación, Malaquías dijo que el pueblo se había aburrido del matrimonio. Puede que suene como una interrupción abrupta en la idea que se viene desarrollando, pero no lo es. Su fracaso en la adoración constituía un fracaso en entender

¹ Del mismo modo, si no traemos lo mejor de nosotros para adorar, ¿sería mejor cerrar las puertas del edificio de la iglesia!

quién es Dios. Entre otras cosas, Dios es un Dios de *pactos* (Malaquías 2.4, 5, 8, 10, 14; 3.1). ¡Él es el que hace promesas y *las cumple!* Por lo tanto, Él espera que Su pueblo sea un pueblo que cumpla su palabra, lo cual no era cierto de los judíos: *no estaban honrando el pacto del matrimonio*.

Los hombres judíos estaban divorciándose de las mujeres con las que se habían casado cuando eran jóvenes (2.14–16) y estaban casándose con mujeres paganas (2.11; vea Esdras 9.1, 2). En lugar de respetar a su «compañera», que también era del pueblo de Dios, estos hombres estaban «siendo desleales» con ellas (Malaquías 2.14; vea 2.10).

Cuando leemos 2.14, debemos prestar especial atención a la palabra «pacto»: «Porque Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto» (énfasis agregado). Malaquías estaba diciendo: «Cuando te casaste, hiciste un pacto con ella ante los ojos del Dios Todopoderoso».

Malaquías luego dijo que el propósito del matrimonio no es solo satisfacer las necesidades físicas, sino producir «descendencia para Dios», es decir, hijos que amen y obedezcan a Dios (2.15).

Finalmente, en 2.16, el profeta escribió: «Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio».² Enfatízelo, dramatízelo e inmortalízelo en letras de tres metros de altura: DIOS ABORRECE EL REPUDIO [«divorcio», NASB]. ¡Este mensaje es más necesario hoy que nunca! Jesús se refirió al plan original de Dios para el matrimonio en Mateo 19.4–9 (vea Génesis 1.27; 2.24).

ABURRIDOS DE DAR (3.7–12)

Finalmente, Malaquías dijo que se habían aburrido de dar. Esto puede parecer anticlimático, pero

² Dios permitió que los hombres se divorciaran de sus esposas bajo ciertas circunstancias en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 24.1–4), pero jamás lo aprobó (vea Mateo 19.4–9).

una forma de saber si nuestra relación con Dios se está debilitando es mirar nuestra forma de dar. Cuando Dios desafió a Sus hijos a arrepentirse, respondieron, en efecto: «Pero no tenemos nada de qué arrepentirnos». Dios respondió: «¡Me ha estado *robando!*» (vea Malaquías 3.7, 8a). El pueblo preguntó: «¿En *qué* te hemos robado?» (3.8b; énfasis agregado). Su respuesta fue muy específica y práctica: «En vuestros diezmos y ofrendas» (3.8c). Un «diezmo» era el 10 por ciento que los judíos estaban obligados a dar de todo lo que poseían (Levítico 27.30–33; Números 18.21–32; Deuteronomio 12.17, 18; 14.28, 29). Se daban «ofrendas» a los sacerdotes además de los diezmos (Deuteronomio 12.6, 11, 17).

Malaquías no tenía conmisericordia por los aburridos. Más bien, les dijo que *su falta de dar a Dios indicaba una falta de reconocimiento de la Fuente de sus bendiciones, una falta de comprensión de que Dios es dueño de todo*. ¡Por lo tanto, estaban robándole a Dios! Malaquías reconoció que el pueblo estaba teniendo problemas económicos, pero les dijo que la razón era que no confiaban lo suficiente en el Señor para dar de manera adecuada (vea Malaquías 3.9–11).

Dios no obliga el diezmo en el Nuevo Testamento; pero Él nos ha mandado que demos generosamente, según hemos sido prosperados (1ª Corintios 16.2; 2ª Corintios 9.6, 7). Si lo hacemos, Dios ha prometido bendecirnos (Lucas 6.38; 2ª Corintios 9.10). Si no damos como debemos, debemos examinar nuestras prioridades. Si nuestras prioridades están equivocadas, debemos responder al llamado de Dios: «Vuelve a mí» (Malaquías 3.7).

(Viene de la página 2)

peca, debe arrepentirse (Hechos 8.22), confesar su pecado (1ª Juan 1.9) y orar a Dios pidiendo perdón (Hechos 8.22). Mientras andamos en luz, la sangre de Jesús continuamente nos limpia de nuestros pecados (1ª Juan 1.7). En ese hecho basamos nuestra esperanza.

Coy Roper

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is part two of a Spanish translation of “Preaching Through the Bible In a Year.”

Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA

www.biblecourses.com